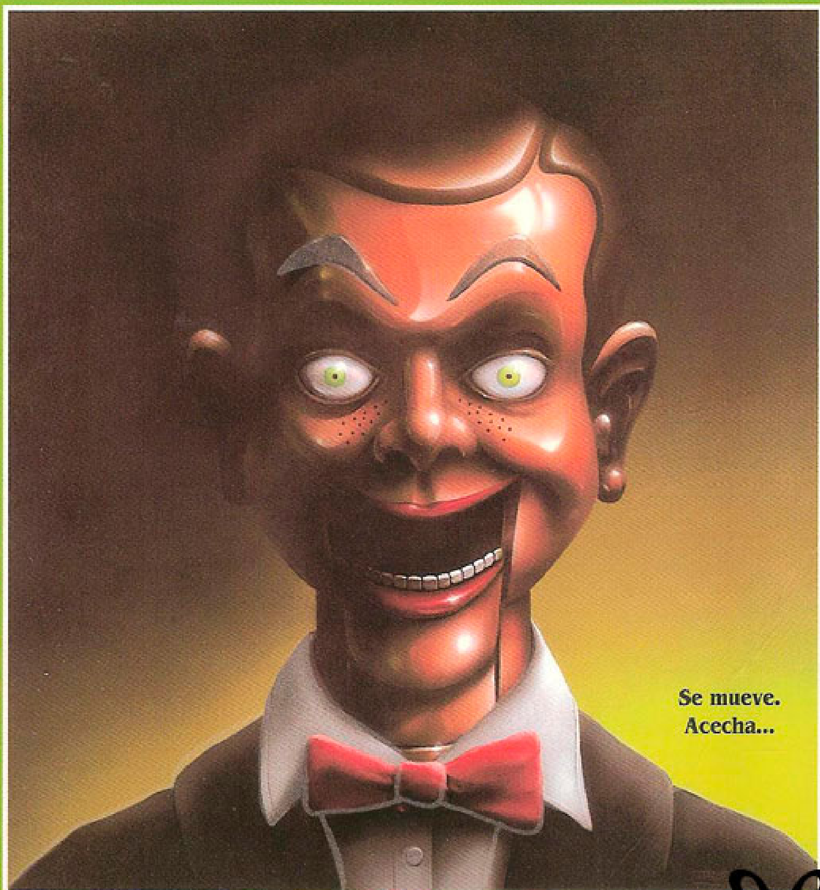
R·L·STINE

Pesadillas

La noche del muñeco viviente



Lindy ha encontrado un muñeco al que llama Slappy, y cuando lo maneja se convierte en el centro de atención. Su hermana Kris le tiene envidia, por lo que decide tener un muñeco propio. Entonces empieza a pasar algo diabólico. No es posible que el muñeco sea el culpable... ¿O si?



R. L. Stine

La noche del muñeco viviente

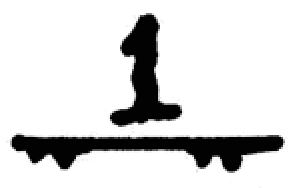
Pesadillas — 25

ePub r1.0
javinintendero 04.10.13

Título original: *Goosebumps #7: Night of the living dummy*
R. L. Stine, 1994
Traducción: Sonia Tapia

Editor digital: javinintendero
Digitalización del texto: Rayul
ePub base r1.0





—¡Mmmmm! ¡Mmmmm! ¡Mmmmm!

Kris Powell hacía todo lo posible por llamar la atención de su hermana gemela.

Lindy Powell levantó la vista del libro que estaba leyendo para ver qué pasaba. En lugar del bonito rostro de su hermana, Lindy vio una burbuja redonda y rosada casi del tamaño de la cabeza de Kris.

—Qué grande —dijo Lindy sin mucho entusiasmo, y con un súbito movimiento reventó el globo.

—¡Eh! —gritó Kris cuando el chicle le explotó en la cara.

Lindy se echó a reír. Kris le cerró de golpe el libro.

—¡Vaya! ¡Ahora no sabes por dónde ibas! —exclamó. Sabía que su hermana odiaba perder la página de su lectura.

Lindy le arrebató el libro con cara de mal genio y Kris se dedicó a quitarse el chicle de la cara.

—Era el globo más grande que he hecho en mi vida —comentó enfadada. No había forma de quitarse el chicle de la barbilla.

—Yo los he hecho mucho más grandes —replicó Lindy con una mueca de superioridad.

—¡Desde luego sois imposibles! —dijo su madre, que en ese momento entraba en la habitación para dejar una pila de ropa doblada a los pies de la cama de Kris—. ¿Os estáis peleando por un globo de chicle?

—No nos estamos peleando —murmuró Lindy. Se echó hacia atrás la coleta rubia y volvió a su libro.

Las dos niñas eran rubias, pero Lindy llevaba el pelo largo, casi

siempre recogido en una coleta detrás o a un lado de la cabeza, y Kris lo tenía muy corto.

Era una forma de diferenciar a las dos gemelas, porque en todo lo demás eran prácticamente idénticas. Las dos tenían la frente amplia y torneada y los ojos azules, y cuando sonreían se les hacían hoyuelos en las mejillas. Las dos se sonrojaban con facilidad y les aparecían unos grandes rodetes rosados en los pálidos pómulos.

Las dos pensaban que tenían la nariz un poco ancha, las dos deseaban ser un poco más altas. Alice, la mejor amiga de Lindy, les llevaba casi siete centímetros, aunque todavía no había cumplido los doce años.

—¿Me queda algo? —preguntó Kris, frotándose la barbilla enrojecida y pegajosa.

—Un poco —contestó Lindy—. En el pelo.

—Genial —masculló Kris. Se tocó el pelo, pero no encontró nada de chicle.

—¡Has picado! —exclamó Lindy con una carcajada—. ¡Mira que eres tonta!

Kris lanzó un furioso gruñido.

—¿Por qué eres siempre tan mala conmigo?

—¿Yo?, ¿que soy mala? —preguntó Lindy con los ojos muy abiertos y una expresión de inocencia—. Si soy un ángel, pregúntale a cualquiera.

Kris, exasperada, se volvió hacia su madre, que estaba metiendo calcetines en un cajón del armario.

—Mamá, ¿cuándo voy a tener un cuarto para mí?

—El treinta de febrero —contestó sonriendo la señora Powell.

—Eso dices siempre —gimió la niña.

Su madre se encogió de hombros.

—Sabes que no tenemos sitio, Kris. —Miró por la ventana. El sol brillante se filtraba entre las cortinas—. Hace un día precioso. ¿Qué hacéis las dos aquí dentro?

—Mamá, no somos niñas pequeñas —dijo Lindy poniendo los ojos en blanco—. Tenemos doce años. Ya somos mayores para salir fuera a jugar.

—¿Me lo he quitado todo? —preguntó Kris, todavía arrancándose de la barbilla trocitos de chicle.

—Déjalo, así estás más guapa.

—Me gustaría que no pelearais tanto —suspiró la señora Powell.

De pronto oyeron unos agudos ladridos procedentes del piso de abajo.

—¿Y ahora qué le pasa a *Barky*? —dijo inquieta la señora Powell. El pequeño terrier negro se pasaba la vida ladrando—. ¿Por qué no os lo lleváis a dar un paseo?

—No me apetece —murmuró Lindy con la nariz metida en el libro.

—¿Y las bicicletas nuevas que os regalamos por vuestro cumpleaños? —comenzó su madre, con los brazos en jarras—. No podíais vivir sin ellas, pero desde que las tenéis están encerradas en el garaje.

—Vale, vale, tampoco hace falta que te pongas así, mamá. —Lindy se levantó, se estiró y tiró el libro encima de la cama.

—¿Quieres? —le preguntó Kris.

—¿Que si quiero qué?

—Dar un paseo en bici. Podríamos ir al patio del colegio, a ver si hay alguien por allí.

—Tú lo que quieres es ver si está Robby —dijo Lindy haciendo una mueca.

—¿Y qué? —Kris se puso colorada.

—Venga, id a que os dé un poco el aire. Nos veremos luego. Yo voy al supermercado.

Kris se miró en el espejo del armario. Se había quitado casi todo el chicle. Se peinó el pelo corto con las dos manos.

—Venga, vámonos —dijo—. La última en llegar es un huevo podrido. —Echó a correr hacia la puerta y ganó a su hermana por medio paso.

Salieron precipitadamente por la puerta de atrás, con *Barky* ladrando en sus talones. El sol de la primera hora de la tarde brillaba alto en un cielo sin nubes. El aire era tranquilo y seco. Parecía más verano que primavera.

Las niñas llevaban pantalones cortos y camisetas sin mangas. Lindy se agachó para abrir la puerta del garaje, pero de pronto se detuvo y miró la casa de al lado.

—Mira, ya han levantado las paredes —le dijo a Kris, señalando

al otro lado del jardín.

—La están construyendo muy deprisa —comentó Kris—. Es increíble.

Durante el invierno habían derruido la casa vieja y en marzo pusieron los cimientos de la nueva. Lindy y Kris habían ido por allí cuando no había trabajadores, intentando averiguar dónde estarían las distintas habitaciones.

Ahora habían construido las paredes. De pronto parecía ya una casa de verdad alzándose entre altas pilas de troncos de madera, un enorme montón de rojiza tierra marrón, una montaña de bloques de cemento y todo un surtido de sierras mecánicas, herramientas y maquinaria.

—Hoy no hay nadie trabajando —dijo Lindy.

Se acercaron unos pasos a la casa nueva.

—¿Quién crees que vendrá a vivir? —preguntó Kris—. A lo mejor un chico guapísimo de nuestra edad. ¡A lo mejor unos gemelos guapísimos!

—¡Aj! —Lindy puso cara de asco—. ¿Gemelos? ¡Mira que eres cursi! ¡Me parece increíble que tú y yo seamos de la misma familia!

Kris estaba acostumbrada a los sarcasmos de Lindy. A las dos les gustaba ser gemelas y a la vez lo odiaban. Como lo compartían casi todo —el aspecto, la ropa, la habitación— estaban mucho más unidas que la mayoría de las hermanas; aunque, como se parecían tanto, también se sacaban de quicio la una a la otra muchas veces.

—No hay nadie. Vamos a ver la casa —propuso Lindy.

Kris la siguió por el jardín. Una ardilla, encaramada al tronco de un arce, las observaba con cautela.

Las niñas se colaron por una abertura entre los bajos arbustos que dividían los dos jardines. Pasaron de largo las pilas de madera y el alto montón de tierra y subieron a la entrada de cemento.

Donde debía ir la puerta habían clavado una pesada lámina de plástico. Kris levantó una esquina y entraron en la casa.

El interior estaba frío y oscuro y olía a madera fresca. Las paredes de yeso estaban sin pintar.

—Cuidado —advirtió Lindy, señalando los largos clavos diseminados por el suelo—. Si te clavas alguno tendrás el tétanos y te morirás.

—Qué más quisieras tú —replicó Kris.

—No quiero que te mueras, sólo que cojas el tétanos —dijo Lindy con una risita.

—Ja ja. Esto debe de ser el salón. —Kris atravesó con cuidado la sala delantera hasta llegar a la chimenea en la pared opuesta.

—Tiene el techo como una catedral. —Lindy alzó la vista hacia las desnudas y oscuras vigas de madera—. Qué *guay*.

—Es más grande que nuestro salón —comentó Kris, mirando el enorme ventanal que daba a la calle.

—Huele muy bien. —Lindy respiró hondo—. Es por el serrín. Huele a pino.

Atravesaron el pasillo y exploraron la cocina.

—¿Pasará la electricidad? —preguntó Kris, señalando una maraña de negros cables eléctricos suspendidos de las vigas del techo.

—¿Por qué no tocas uno y lo averiguas?

—Tú primero.

—La cocina no es muy grande —dijo Lindy, mientras se agachaba para mirar los huecos donde irían los armarios.

Se incorporó y estaba a punto de sugerir que subieran al primer piso cuando oyó un ruido.

—¿Eh? —exclamó con cara de sorpresa—. ¿Hay alguien ahí?

Kris se quedó petrificada en mitad de la cocina. Las dos se pusieron a escuchar.

Silencio.

Entonces oyeron unos ligeros y tenues pasos, y muy cercanos, dentro de la casa.

—¡Vámonos! —susurró Lindy.

Kris ya estaba pasando por debajo del plástico para salir al exterior. Bajó de un brinco del porche y echó a correr hacia su jardín. Lindy se detuvo al borde del escalón y se volvió hacia la casa.

—¡Eh, mira! —gritó.

Una ardilla salió volando por una ventana. Aterrizó en el suelo moviendo las cuatro patas y corrió hacia el arce del jardín de los Powell.

Lindy se echó a reír.

—¡Era sólo una ardilla!

Kris se detuvo cerca de los arbustos.

—¿Estás segura? —Miró vacilante las ventanas de la casa nueva —. Pues para ser una ardilla hacía mucho ruido.

Cuando se dio la vuelta se sorprendió al ver que Lindy había desaparecido.

—¡Oye! ¿Dónde te has metido?

—Aquí —contestó Lindy—. ¡He visto una cosa!

Kris tardó un momento en localizarla. Su hermana estaba medio escondida detrás de un gran contenedor de basura en el extremo del jardín. Kris se protegió los ojos del sol con la mano para ver mejor. Lindy estaba inclinada sobre el contenedor, como si estuviera revolviendo en la basura.

—¿Qué hay ahí?

Su hermana no pareció oírla.

—¿Qué es? —repitió Kris, acercándose de mala gana.

Lindy seguía sin contestar. De pronto empezó a sacar algo y lo alzó en el aire. Se vio una cabeza de pelo marrón, y piernas y brazos que colgaban sin vida.

¿Una cabeza? ¿Brazos y piernas?

—¡Oh, no! —gritó Kris horrorizada, tapándose la cara con las manos.

2

¿Un niño?

Kris resopló en silencio mientras veía horrorizada cómo su hermana lo sacaba del contenedor de basura. El niño tenía el rostro petrificado con los ojos muy abiertos y el pelo castaño todo de punta. Llevaba una especie de traje gris.

—¡Lindy! —la llamó Kris con la boca seca de miedo—. ¿Está... está vivo? —Con el corazón acelerado echó a correr hacia su hermana. Lindy tenía a la pobre criatura en brazos—. ¿Está vivo? —repitió Kris sin aliento.

Pero se frenó en seco al ver que Lindy se echaba a reír.

—No. No está vivo —contestó Lindy alegremente.

Entonces Kris se dio cuenta de que no era un niño.

—¡Un muñeco! —exclamó.

—Un muñeco de ventrílocuo. Es increíble que lo hayan tirado. Está perfecto.

Lindy tardó un momento en darse cuenta de que Kris jadeaba y tenía la cara roja.

—¿Qué te pasa, Kris? ¡No me digas que te creías que era un niño de verdad! —exclamó con una carcajada de desdén.

—Pues claro que no.

Lindy examinó la espalda del muñeco, buscando algún cordel para hacer que moviera la boca.

—¡Soy un niño de verdad! —le hizo decir, hablando con voz muy aguda y los dientes apretados, intentando no mover los labios.

—Tonta.

—¡La tonta eres tú! —dijo el muñeco con su voz chillona. Cuando Lindy tiraba del cordel de su espalda, los labios de madera subían y bajaban haciendo chasquidos. La niña subió la mano y encontró la palanca para hacer que los ojos se movieran de un lado a otro.

—Seguro que está lleno de bichos —afirmó Kris con cara de asco —. Tíralo, Lindy.

—Ni hablar —dijo su hermana, acariciando tiernamente el pelo de madera—. Me quedo con él.

—Se queda conmigo —le hizo decir al muñeco.

Kris lo miró con suspicacia. El pelo castaño estaba pintado y sus ojos azules se movían sin pestañear de un lado al otro. Tenía unos labios muy rojos, curvados en una siniestra sonrisa. El labio inferior estaba desconchado en un lado, de modo que no terminaba de encajar con el superior.

El muñeco llevaba un traje cruzado encima de un cuello de camisa blanco, pero en lugar de camisa tenía el pecho pintado de blanco. Al final de sus finas piernas fláccidas tenía unos zapatones de cuero marrón.

—Me llamo Slappy —dijo Lindy, como si hablara el muñeco, moviéndole la boca.

—Tonta —repitió Kris meneando la cabeza—. ¿Vamos a dar un paseo en bici o no?

—¿Es que tienes miedo de que el pobre Robby te eche de menos? —preguntó el muñeco.

—Deja ya en paz esa cosa tan fea —replicó Kris impaciente.

—Y no soy feo —dijo Slappy con la voz chillona de Lindy, moviendo los ojos de un lado a otro—. ¡La fea eres tú!

—Estás moviendo los labios. Eres muy mala ventrílocua.

—Ya lo haré mejor.

—¿Te lo vas a quedar, de verdad? —exclamó Kris.

—Me gusta Slappy. Es muy mono. —Lindy estrechó al muñeco entre sus brazos.

—Soy muy mono —le hizo decir—. Y tú muy fea.

—Calla —le espetó Kris.

—¡Calla tú! —replicó Slappy con la voz chillona de Lindy.

—¿Para qué lo quieres? —Kris echó a andar detrás de su

hermana hacia la calle.

—Siempre me han gustado los muñecos. ¿Te acuerdas de las marionetas que tenía? Me pasaba horas jugando con ellas. Me inventaba obras de teatro muy largas.

—Yo también estaba siempre jugando con ellas —recordó Kris.

—A ti se te liaban las cuerdas —dijo Lindy frunciendo el ceño—. Lo hacías fatal.

—¿Pero qué vas a hacer con el muñeco?

—No lo sé. A lo mejor monto un número. —Se cambió de brazo el muñeco con gesto pensativo—. Seguro que podría ganar dinero con él. Daría espectáculos en las fiestas de cumpleaños.

—¡Feliz cumpleaños! —hizo que exclamara Slappy—. ¡Echadme algo de dinero!

Kris no se rió.

Las niñas pasaron por delante de su casa. Lindy llevaba a Slappy en brazos, con una mano en su espalda.

—Pues a mí me parece siniestro —dijo Kris, dándole una patada a una piedra—. Deberías dejarlo en el contenedor.

—Ni hablar.

—Ni hablar —repitió Slappy, moviendo la cabeza y los ojos—. ¡A ti te vamos a echar al contenedor!

—Mira que es malo —comentó Kris mirando a Lindy con el ceño fruncido.

Su hermana se echó a reír.

—A mí qué me cuentas —se burló—. Díselo a él.

Kris la miró ceñuda.

—Lo que pasa es que te da envidia porque he sido yo la que lo ha encontrado.

Kris fue a protestar, pero en ese momento oyeron voces. Los dos hermanos Marshall, del otro extremo de la manzana, venían corriendo hacia ellas. Eran dos niños pelirrojos, muy guapos, a los que a veces ellas iban a cuidar.

—¿Qué es eso? —preguntó Amy Marshall señalando a Slappy.

—¿Habla? —quiso saber su hermano pequeño, Ben, manteniéndose a una cierta distancia con una expresión insegura en su rostro pecoso.

—¡Hola, soy Slappy! —saludó el muñeco. Lindy lo sostenía

sentado, con los brazos colgándole a los costados.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó Amy.

—¿Se le mueven los ojos? —inquirió Ben, sin atreverse a acercarse todavía.

—¿Se te mueven a ti los tuyos? —le espetó Slappy.

Los dos hermanos Marshall se echaron a reír. Ben olvidó su reticencia y se aproximó a coger la mano del muñeco.

—¡Ay! ¡No tan fuerte! —exclamó Slappy.

Ben dejó caer la mano conteniendo el aliento. Luego él y su hermano estallaron en alegres carcajadas.

—¡Ja ja ja ja! —rió el muñeco controlado por Lindy, echando atrás la cabeza y abriendo su sonriente boca.

A los dos pequeños aquello les pareció el no va más, y se partieron de risa.

Complacida con la respuesta de su público, Lindy echó una ojeada a su hermana. Kris estaba sentada en la acera, con la cabeza entre las manos y expresión abatida.

«Me tiene envidia —pensó Lindy—. Ha visto que a los niños les encanta Slappy y que estoy acaparando toda su atención. ¡No puede con la envidia que tiene!

»¡Ahora sí que me pienso quedar con Slappy», se dijo Lindy, secretamente encantada con su pequeño triunfo.

Se quedó mirando los vivos ojos azules del muñeco. Para su sorpresa, Slappy pareció mirarla también a ella, con un brillo de sol en los ojos y una ancha sonrisa de complicidad.

3

—¿Quién estaba al teléfono? —preguntó la señora Powell mientras se metía un tenedor de espaguetis en la boca.

Lindy se sentó en su sitio a la mesa.

—La señora Marshall.

—¿Quiere que vayáis a cuidar a los niños? —La señora Powell cogió el cuenco de la ensalada y se volvió hacia Kris—. ¿Quieres un poco?

Kris se limpió la salsa de espaguetis de la barbilla con la servilleta.

—Luego, tal vez.

—No —respondió Lindy—. Quiere que actúe en la fiesta de cumpleaños de Amy. Con Slappy.

—Es tu primer trabajo —dijo el señor Powell. Una sonrisa atravesó su rostro delgado.

—A Amy y Ben les gustó tanto Slappy que han querido que lo lleve —comentó Lindy—. La señora Marshall me va a pagar veinte dólares.

—¡Es estupendo! —exclamó su madre, mientras le pasaba la ensalada a su marido.

Hacía una semana que Lindy había rescatado a Slappy de la basura. Todos los días, después del colegio, se pasaba horas en su habitación ensayando con él, practicando su voz, intentando no mover los labios e inventando chistes para su repertorio.

Kris seguía diciendo que todo aquello era una tontería.

—Me parece increíble que seas tan idiota —le dijo a su

hermana. Se negaba a hacer de público en los ensayos de Lindy.

Pero cuando Lindy llevó a Slappy al colegio, el viernes, la actitud de Kris comenzó a cambiar. Un grupo de niños se había reunido en torno a su hermana junto a su taquilla.

Mientras Lindy hacía hablar al muñeco, Kris observaba desde el pasillo. «Se va a poner en ridículo», pensó.

Pero para su sorpresa, los chicos chillaban y se reían. Slappy les parecía genial. Hasta Robby Martin, el chico que le gustaba a Kris desde hacía dos años, pensaba que Lindy era fenomenal.

Al ver a Robby reírse con los otros chicos, a Kris le dio por pensar que a lo mejor podía ser divertido lo de la ventriloquia.

Y rentable, además. Lindy iba a ganar veinte dólares en la fiesta de los Marshall, y cuando se corriera la voz, probablemente actuaría en muchas fiestas y ganaría todavía más dinero.

Esa noche, después de cenar, Lindy y Kris lavaron los platos y luego Lindy pidió permiso a sus padres para ensayar con ellos su nuevo número y subió corriendo a su habitación para coger a Slappy.

El señor y la señora Powell se sentaron en el sofá del salón.

—A lo mejor Lindy acaba siendo artista de televisión —comentó la señora Powell.

—Quizá —convino su esposo, arrellanándose en el sofá con una sonrisa de satisfacción. *Barky* se subió entre ellos con un ladrido, meneando furiosamente su corto rabo.

—Ya sabes que no debes subir al sofá —dijo con un suspiro la señora Powell, pero no hizo ningún intento de echarlo.

Kris se sentó en los escalones, algo apartada de los demás, con la barbilla en las manos.

—Estás muy seria hoy —comentó su padre.

—¿Puedo tener un muñeco yo también? —preguntó Kris. En realidad no tenía planeado decirlo, pero las palabras se le escaparon de los labios.

Lindy volvió con Slappy en torno a la cintura.

—¿Estáis listos? —Puso una silla en el centro del salón y se sentó.

—¿Qué, puedo o no? —insistió Kris.

—¿De verdad quieres uno tú también? —se sorprendió la señora

Powell.

—¿El qué quiere? —preguntó Lindy, desconcertada.

—Kris dice que quiere un muñeco —le explicó la señora Powell.

—De eso ni hablar —replicó Lindy acalorada—. ¡Serás copiona!

—Parece divertido. —Kris se había puesto colorada—. Y si tú puedes hacerlo, yo también —añadió con voz chillona.

—Siempre estás copiando todo lo que hago —protestó enfadada Lindy—. ¿Por qué no te buscas tú algo para variar? Sube a entretenerte con tu colección de bisutería. Eso es lo tuyo. Lo mío es ser ventrílocua.

—Niñas… —comenzó el señor Powell alzando la mano—. Por favor, no os peleéis por un muñeco.

—Yo creo que llegaría a hacerlo mucho mejor, de verdad —dijo Kris—. La verdad es que Lindy no tiene mucha gracia.

—Pues todo el mundo se ríe conmigo —protestó Lindy.

—Eso no está bien, Kris —la reprendió su madre.

—Bueno, yo sólo pensaba que si Lindy tiene uno por qué no voy a tener yo otro.

—Copiona —repitió su hermana moviendo la cabeza—. Llevas una semana dándome la tabarra y diciendo que todo esto es una tontería. Pero yo sé por qué has cambiado de opinión. Tienes envidia porque yo voy a ganar dinero y tú no.

—De verdad me gustaría que no os pelearais por todo —dijo disgustado el señor Powell.

—Bueno, ¿puedo tener un muñeco? —insistió Kris.

—Son muy caros. —El señor Powell miró a su mujer—. Un muñeco bueno cuesta más de cien dólares, y no creo que podamos permitírnoslo ahora.

—¿Por qué no compartís a Slappy? —sugirió la señora Powell.

—¿Eh? —Lindy se quedó con la boca abierta.

—Siempre lo compartís todo, así que podríais compartir a Slappy.

—Pero, mamá… —gimió Lindy.

—Excelente idea. —El señor Powell hizo una seña a Kris—. Inténtalo. Cuando lo hayáis compartido un tiempo estoy seguro de que perderás interés, y tal vez Lindy también.

Kris se acercó a su hermana y tendió la mano.

—A mí no me importa compartirlo —dijo, mirando a los ojos a Lindy para ver si aprobaba la idea—. ¿Me dejas tenerlo un momentito?

Lindy aferró al muñeco. De pronto la cabeza de madera se echó hacia atrás y su boca se abrió.

—¡Lárgate, Kris! —gruñó con una voz áspera—. ¡Vete por ahí, imbécil!

Antes de que Kris pudiera apartarse, la mano de madera se disparó y le dio una bofetada en plena cara.

4

—¡Ay!

Kris se llevó la mano a la mejilla, que se le había quedado roja, y dio un paso atrás.

—¡Ya está bien, Lindy! ¡Me has hecho daño!

—¿Yo? —exclamó su hermana—. ¡No he sido yo! ¡Fue Slappy!

—Tú eres tonta —protestó Kris, frotándose la mejilla—. Me has hecho mucho daño.

—¡Pero si no he sido yo! —Lindy volvió hacia ella la cara de Slappy—. ¿Por qué le has hecho eso a Kris?

El señor Powell se levantó de un brinco.

—Deja de hacer el tonto y pídele perdón a tu hermana.

Lindy agachó la cabeza del muñeco.

—Lo siento —le hizo decir.

—No, con tu propia voz —ordenó el señor Powell con los brazos cruzados—. Has sido tú la que le ha hecho daño a Kris.

—Vale, vale —murmuró Lindy, poniéndose colorada y evitando la furiosa mirada de su hermana—. Lo siento. Toma. —Arrojó a Slappy en brazos de Kris.

Kris se quedó tan sorprendida que casi se le cae el muñeco. Slappy pesaba más de lo que se había imaginado.

—¿Y ahora qué tengo que hacer con él? —preguntó.

Lindy se encogió de hombros y se dejó caer en el sofá junto a su madre.

—¿Por qué te has puesto así? —le susurró la señora Powell—. Ha sido una tontería.

Lindy se sonrojó.

—¡Slappy es mío! ¿Por qué no puedo tener algo mío por una vez?

—Ay, niñas, con lo bien que os portáis algunas veces…

El señor Powell se sentó en el brazo del sillón, al otro lado de la sala.

—¿Cómo se le mueve la boca? —preguntó Kris, dándole la vuelta al muñeco para vérle la espalda.

—Hay un cordel ahí, dentro de la hendidura de la chaqueta —dijo Lindy de mala gana—. Tira de él.

«No quiero que Kris juegue con Slappy —pensó Lindy tristemente—. No quiero compartir a Slappy. ¿Por qué no puedo tener algo mío? ¿Por qué tengo que compartirlo todo con ella? ¿Por qué Kris siempre quiere imitarme?»

Lindy apretó los dientes.

Esa misma noche, Kris se incorporó de pronto en la cama. Había tenido una pesadilla.

La estaban persiguiendo, recordó con el corazón acelerado. ¿Pero qué la perseguía? ¿Quién? No se acordaba.

Miró en torno a la habitación en penumbra, esperando que su corazón recuperara el ritmo normal. Hacía calor y el ambiente estaba cargado a pesar de que la ventana estaba abierta y las cortinas revoloteaban.

Lindy estaba dormida en la cama de al lado y respiraba suavemente, con los labios abiertos y el pelo largo suelto en torno a su cara. Kris echó un vistazo al radiorreloj que había en la mesilla entre las dos camas. Eran casi las tres de la madrugada.

A pesar de estar ya totalmente despierta, la pesadilla no terminaba de desvanecerse. Todavía se sentía incómoda, un poco asustada, como si aún la estuvieran persiguiendo. Tenía la nuca caliente y le picaba.

Se volvió para ahuecar la almohada y apoyarla contra la cabecera de la cama. Al tumbarse algo llamó su atención.

Había alguien sentado en la silla delante de la ventana, alguien que la estaba mirando. Kris contuvo la respiración, pero después se dio cuenta de que era Slappy.

La amarillenta luz de la luna se derramaba sobre él, produciendo un brillo en sus ojos. El muñeco estaba sentado en la silla, inclinado hacia la derecha, con un brazo descansando en el reposabrazos de la silla.

Sus ojos parecían mirarla directamente, con una ancha sonrisa burlona en la boca. Kris observó la expresión del muñeco bajo la espectral luz de la luna. Entonces, sin pensar, sin darse cuenta siquiera de lo que estaba haciendo, salió en silencio de la cama.

Se le enredó el pie en la sábana y estuvo a punto de caerse. Apartó el cobertor de una patada y se acercó rápidamente a la ventana. Slappy la miró cuando su sombra cayó sobre él. La sonrisa del muñeco pareció ensancharse.

Una ráfaga de viento agitó las cortinas contra la cara de Kris. La niña las apartó y miró la cabeza pintada de Slappy. Le frotó el pelo de madera que relucía bajo la luz amarillenta. Era cálido, mucho más de lo que ella pensaba.

Kris apartó rápidamente la mano.

¿Qué había sido ese ruido? ¿Era la risa de Slappy? ¿Se había reído de ella? No, claro que no. Kris se dio cuenta de que estaba jadeando.

«¿Por qué me da tanto miedo este estúpido muñeco?», pensó.

Lindy emitió un suspiro y se dio la vuelta en la cama. Kris se quedó mirando los grandes ojos de Slappy, que relucían bajo la luz que entraba por la ventana. Esperó que los ojos pestañearan o se movieran de un lado al otro. Pero de pronto se sintió una tonta.

«No es más que un muñeco de madera», se dijo.

Lo empujó con la mano y el cuerpo tieso cayó a un lado. La dura cabeza hizo un suave clonk al golpear el brazo de madera de la silla. Kris se sintió curiosamente satisfecha, como si le hubiera dado una lección.

Las cortinas volvieron a frotarle la cara. Kris las apartó, soñolienta, y quiso volver a la cama. Pero no había dado ni un paso cuando Slappy la cogió por la muñeca.



—¡Ah! —Al sentir la fuerte mano en la muñeca Kris se giró bruscamente lanzando un grito.

Se llevó la sorpresa de ver a Lindy agachada a su lado. Era ella quien la tenía cogida. Kris apartó la mano de un tirón. La luz de la luna iluminaba la maliciosa sonrisa de su hermana.

—¡Has vuelto a picar!

—¡No me has asustado! —dijo Kris, pero su voz no era más que un trémulo susurro.

—¡Menudo brinco has dado! —exclamó Lindy encantada—. Te has creído que era el muñeco el que te cogía.

—¡No! —Kris se fue corriendo a la cama.

—De todas formas, ¿qué hacías levantada? ¿Qué hacías con Slappy?

—Nada. Había... había tenido una pesadilla —contestó Kris—. Sólo me levanté a mirar por la ventana.

Lindy soltó una risita.

—Tenías que haberte visto la cara.

—Me voy a dormir. Déjame en paz —le espetó Kris, y se tapó con el embozo hasta la barbilla.

Lindy sentó al muñeco en la silla y volvió también a su cama, todavía riéndose del susto que le había dado a su hermana.

Kris ahuecó la almohada y miró hacia la ventana. La cara del muñeco estaba medio oculta en las sombras, pero sus ojos brillaban como si tuvieran vida y la miraban como si intentaran decirle algo.

«¿Por qué sonreirá así», se preguntó Kris, frotándose la nuca

donde todavía sentía los pelos de punta.

Se tumbó en la cama, se tapó y se dio media vuelta, evitando la intensa mirada del muñeco. Pero a pesar de estar de espaldas, notaba su vista clavada en ella. A pesar de tener los ojos cerrados y las mantas hasta la cabeza, se imaginaba la sonrisa torcida y aquellos ojos que nunca pestañeaban, que la miraban fijamente, muy fijamente...

Se sumió en un sueño intranquilo y tuvo otra oscura pesadilla. Alguien la perseguía. Alguien diabólico la perseguía. ¿Pero quién?

El lunes por la tarde Lindy y Kris se quedaron en el colegio después de las clases para ensayar el concierto de primavera. Eran casi las cinco cuando llegaron a su casa y se sorprendieron al ver el coche de su padre en la puerta.

—¡Qué pronto has venido! —exclamó Kris al verle en la cocina, ayudando a su madre a preparar la cena.

—Me voy mañana a una conferencia de ventas en Portland —dijo el señor Powell mientras cortaba una cebolla en el fregadero con un cuchillo pequeño—, así que hoy sólo he trabajado media jornada.

—¿Qué hay para cenar? —preguntó Lindy.

—Pastel de carne —contestó su madre—. Si es que tu padre consigue cortar la cebolla.

—Hay un truco para no llorar cuando se corta cebolla —dijo el señor Powell con las mejillas empapadas de lágrimas—. Ojalá lo supiera.

—¿Cómo ha ido el ensayo del coro? —preguntó la señora Powell mientras amasaba con las manos una enorme bola roja de carne picada.

—Un aburrimiento —se quejó Lindy, abriendo la nevera para sacar una lata de Coca-Cola.

—Sí. Cantamos un montón de canciones rusas y yugoslavas —añadió Kris—, y son muy tristes. Todas tratan de ovejas y cosas así. Bueno, la verdad es que no sabemos de qué tratan porque no están traducidas.

El señor Powell empezó a echarse agua en los ojos enrojecidos y llorosos.

—¡No lo soporto! —gimió, y le tiró a su esposa la cebolla a medio pelar.

—Llorón —dijo ella moviendo la cabeza.

Kris subió a su habitación, tiró la mochila en la mesa que compartía con Lindy y dio media vuelta para bajar otra vez. Pero algo le llamó la atención junto a la ventana.

Se giró y se quedó sin aliento.

—¡Oh, no! —Kris se llevó las manos a las mejillas con cara de sorpresa.

Slappy estaba sentado en la silla delante de la ventana, sonriéndole con su habitual mirada fija.

Y junto a él había otro muñeco igual de sonriente.

Los dos estaban cogidos de la mano.

—¿Qué está pasando aquí? —gritó Kris.

6

—¿Te gusta?

Al principio Kris pensó que era Slappy el que se lo preguntaba, y se lo quedó mirando muda de estupor.

—¿Qué? ¿Qué te parece?

Kris tardó un rato en darse cuenta de que la voz provenía de detrás de ella. Se dio la vuelta y vio a su padre en el umbral, todavía frotándose los ojos con un trapo húmedo.

—¿El... el muñeco nuevo? —balbució Kris.

—Es para ti —dijo su padre, entrando en la habitación con el trapo en los ojos.

—¿De verdad? —Kris se acercó corriendo a la silla y cogió el muñeco nuevo para verlo de cerca.

—Hay una pequeña casa de empeños enfrente de mi oficina. —El señor Powell se apartó el trapo de los ojos—. Pues justo cuando pasaba por delante, aunque no te lo creas, vi al muñeco en el escaparate. Y además no era nada caro. Yo creo que el tendero estaba encantado de que se lo quitaran de encima.

—Es... muy mono —dijo Kris, buscando la palabra adecuada—. Se parece al de Lindy, sólo que es pelirrojo.

—Seguramente es de la misma casa.

—Pero su ropa es mejor que la de Slappy. —Kris mantuvo al muñeco a un brazo de distancia para verlo mejor—. No me gusta nada ese traje tan horrible que lleva el muñeco de Lindy.

El muñeco nuevo vestía téjanos y una camisa de franela roja y verde. Y en lugar de los relucientes zapatos marrones de aspecto tan

formal, llevaba en los pies unas zapatillas de deporte.

—Bueno, ¿te gusta? —preguntó con una sonrisa el señor Powell.

—¡Me encanta! —exclamó Kris contentísima, y le dio un fuerte abrazo a su padre.

Luego cogió el muñeco y salió corriendo por las escaleras hasta la cocina.

—¡Eh, mirad! ¡Éste es el señor Wood! —declaró encantada, sosteniendo al muñeco delante de ella.

Barky se puso a ladrar muy excitado, saltando para mordisquear las zapatillas del muñeco. Kris lo apartó.

—¡Oye! —exclamó Lindy sorprendida—. ¿De dónde lo has sacado?

—Me lo ha traído papá —dijo Kris con una sonrisa más ancha que la de su muñeco—. Voy a empezar a practicar con él después de la cena y voy a ser mejor ventrílocua que tú.

—¡Kris! —la reprendió su madre—. No hay que competir por todo.

—Yo ya tengo trabajo con Slappy —declaró Lindy con una mueca de superioridad—. Y tú sólo estás empezando. No eres más que una novata.

—El señor Wood es mucho más bonito que Slappy —dijo Kris, imitando la mueca de su hermana—. El señor Wood tiene una pinta *guay*. El traje gris de tu muñeco es asqueroso.

—¿A ti te parece *guay* esa camisa raída? —se burló Lindy, poniendo cara de asco—. Aj. ¡Ese muñeco seguro que tiene hasta gusanos!

—¡Tú sí que tienes gusanos!

—Tu muñeco no tendrá gracia, porque tú no tienes sentido del humor.

—¿Ah, sí? —replicó Kris, echándose al señor Wood al hombro—. Que sepas que para aguantarte a ti hay que tener mucho sentido del humor.

—¡Copiona! ¡Copiona! —exclamó Lindy enfadada.

—¡Fuera de la cocina! —ordenó la señora Powell con un grito impaciente—. ¡Largo de aquí! ¡Sois imposibles! ¡Los muñecos son mucho más agradables que vosotras!

—Gracias, mamá —replicó Kris sarcástica.

—Llámame cuando esté la cena —dijo Lindy—. Voy arriba a ensayar mi número con Slappy para la fiesta del sábado.

La tarde siguiente Kris estaba sentada en el tocador que compartía con su hermana. Después de rebuscar en el joyero sacó otro collar de cuentas de colores. Se lo puso y lo desenredó de los otros tres collares que llevaba. Entonces se miró en el espejo y movió la cabeza para verse mejor los largos pendientes.

«Me encanta mi colección de joyas», pensó mientras hurgaba en las profundidades del joyero de madera para ver qué otros tesoros podía sacar.

A Lindy aquello no le interesaba nada, pero Kris se pasaba horas probándose collares, manoseando las docenas de colgantes, pasando los dedos por los brazaletes de plástico y haciendo tintinear los pendientes. Su colección de joyas siempre le alegraba el ánimo. Volvió a menear la cabeza para que resonaran los pendientes.

En ese momento oyó un golpe en la puerta y se giró bruscamente.

—Hola, Kris, ¿cómo te va? —Su amigo Cody Matthews entró en la habitación. Tenía el pelo muy rubio y lacio, los ojos gris pálido y un rostro enjuto y serio. Cody parecía siempre estar sumido en sus pensamientos.

—¿Has venido en bici? —preguntó Kris, quitándose de inmediato varios collares que metió en el joyero.

—No, andando. ¿Por qué me has llamado? ¿Te apetece salir a dar una vuelta?

—No. —Kris se levantó de un salto y se acercó a la silla de la ventana para coger al señor Wood—. Quiero ensayar mi número.

Cody lanzó un gemido.

—¿Y yo soy el conejillo de Indias?

—No, el público. Vamos.

Lo llevó al viejo y torcido arce que había en medio del jardín trasero. El sol empezaba a bajar en el claro cielo azul de primavera. Kris apoyó un pie en el árbol y se puso al señor Wood en la rodilla. Cody se tumbó de espaldas a la sombra.

—Dime si es gracioso —dijo Kris.

—Vale, dispara. —El muchacho entornó los ojos con gesto de

concentración.

Kris giró al señor Wood para que la mirase.

—¿Cómo estás hoy? —preguntó.

—Muy bien. *Very Wood*[1] —hizo decir al muñeco.

Esperó que Cody se riera, pero nada.

—¿Ha tenido gracia? —preguntó por fin.

—Un poco —dijo él sin mucho entusiasmo—. Sigue.

—Vale. —Kris bajó la cabeza para estar cara a cara con el muñeco—. Señor Wood, ¿qué hacías delante del espejo con los ojos cerrados?

—Bueno —contestó el muñeco con voz aguda y chillona—, quería ver qué pinta tengo cuando estoy dormido.

Kris le echó atrás la cabeza para que pareciera que se estaba riendo.

—¿Y ese chiste? —le preguntó a Cody.

El chico se encogió de hombros.

—Mejor, supongo.

—¡Jo, no me estás ayudando nada! —exclamó ella enfadada. Bajó los brazos y el señor Wood cayó desmadejado en su regazo—. Tienes que decirme si la cosa es graciosa o no.

—Pues me parece que no —confesó Cody pensativo.

Kris lanzó un gruñido.

—Necesito un buen libro de chistes —dijo—. Eso es. Un buen libro de chistes con chistes graciosos de verdad. Entonces podré actuar, porque soy muy buena ventrílocua, ¿no?

—Supongo —replicó Cody cogiendo un puñado de hierba y dejando que las briznas húmedas se filtraran entre sus dedos.

—Bueno, no muevo mucho los labios, ¿no? —preguntó Kris.

—No demasiado. Pero no sabes lanzar la voz.

—Nadie puede lanzar la voz —le dijo Kris—.

Es sólo una ilusión. La gente cree que uno está lanzando la voz, pero en realidad no es así.

—Ya. —Cody cogió otro puñado de hierba.

Kris intentó contar más chistes.

—¿Qué te parece? —preguntó por fin.

—Creo que tengo que irme a casa —dijo Cody, tirándole un puñado de hierba.

Kris sacudió las briznas de la cabeza de madera del señor Wood y acarició con cuidado su pelo pintado de rojo.

—Le has herido en sus sentimientos —le dijo a Cody.

El chico se levantó.

—¿Pero por qué quieres liarte con esa cosa? —preguntó, apartándose de la frente su pelo rubio.

—Porque es divertido.

—¿De verdad es ésa la razón?

—Bueno… Supongo que quiero demostrarle a Lindy que soy mejor que ella.

—¡Mira que sois raras las dos! Nos vemos en el colé. —Cody se despidió con la mano y se marchó a su casa.

Kris apartó el cobertor y se metió en la cama. La pálida luz de la luna se filtraba por la ventana del dormitorio. La niña bostezó y miró el reloj. Eran casi las diez. Lindy se estaba lavando los dientes en el baño, al otro lado del pasillo.

«¿Por qué Lindy siempre canturrea cuando se lava los dientes? —se preguntó Kris—. ¿Cómo puede hacer una hermana gemela tantas cosas desagradables?»

Echó un último vistazo al señor Wood. Estaba sentado en la silla delante de la ventana, con las manos en el regazo y las zapatillas de deporte colgando al borde de la silla.

«Parece una persona de verdad —pensó Kris soñolienta—. Mañana buscaré un buen libro de chistes en la biblioteca del colegio. Conseguiré ser más graciosa que Lindy, estoy segura.»

Se reclinó sobre la almohada. «Me voy a dormir en cuanto apague la luz», se dijo.

Unos segundos después Lindy entró en la habitación en camisón y con Slappy bajo el brazo.

—¿Estás dormida? —le preguntó a Kris.

—Casi —contestó ella, bostezando ruidosamente—. Me he pasado toda la tarde estudiando el final de matemáticas. ¿Dónde te habías metido?

—En casa de Alice. —Lindy dejó a Slappy en la silla junto al señor Wood—. Había algunos niños y he practicado mi número con ellos. Se rieron tanto que casi echan las tripas. Cuando Slappy y yo

cantamos nuestro *rap,* Alice echó su chocolate con leche por la nariz. ¡No te imaginas!

—Qué bien —dijo Kris sin entusiasmo—. Supongo que ya estás preparada para la fiesta de Amy el sábado.

—Sí. —Lindy puso el brazo de Slappy en torno a los hombros del señor Wood—. Están tan *guay* los dos juntos —dijo. Entonces advirtió la ropa cuidadosamente doblada sobre la silla—. ¿Qué es eso?

Kris alzó la cabeza para ver a qué se refería.

—Mi ropa para mañana. Tenemos que ir bien vestidas porque hay una fiesta en la clase de la señorita Finch. Es una fiesta de despedida para Margot, la estudiante de magisterio.

Lindy se quedó mirando la ropa.

—¿La falda de Betsey Johnson y la blusa de seda?

—Tenemos que ir muy elegantes —dijo Kris con un bostezo—. ¿Qué, nos dormimos ya?

—Sí, claro. —Lindy se sentó en su cama y apagó la lámpara de la mesilla—. ¿Vas mejorando con el señor Wood? —preguntó mientras se metía entre las sábanas.

A Kris le dolió la pregunta. Era un evidente signo de desprecio.

—Sí, ya soy muy buena. Hice algunos números delante de Cody, en el jardín. Cody se rió tanto que no podía ni respirar. De verdad. Tenía que agarrarse la tripa y todo. Dijo que el señor Wood y yo debíamos salir en la tele.

—¿De verdad? —dijo Lindy tras un largo momento de vacilación —. Qué raro. Jamás pensé que Cody tuviera tanto sentido del humor. Está siempre tan serio... Creo que nunca le he visto reírse.

—Bueno, pues con nosotros se rió —insistió Kris, deseando saber mentir mejor.

—Qué curioso. Me muero de ganas de ver tu número.

«Y yo», pensó Kris sombría.

Unos instantes después las dos estaban dormidas.

La voz de su madre, que las llamaba desde abajo, las despertó a las siete de la mañana. El sol brillante y anaranjado entraba por la ventana. Kris oyó a los pájaros trinar alegremente en el viejo arce.

—¡Buenos días! ¡Buenos días! —Todas las mañanas la señora

Powell decía lo mismo.

Kris se frotó los ojos y estiró los brazos. Luego miró en torno a la habitación y se quedó sin aliento.

—¿Qué pasa aquí? —Tendió el brazo hacia la cama de su hermana y la sacudió por el hombro—. ¿Qué ha pasado aquí?

—¿Eh? —se sobresaltó Lindy, incorporándose.

—¿Dónde está?

—¿Eh?

Kris señaló la silla al otro lado de la habitación. Slappy sonreía sentado muy tieso, bañado por el sol de la mañana.

Pero el señor Wood había desaparecido.

7

Kris pestañeó varias veces y se incorporó en la cama apoyándose en las manos. Tenía la mano izquierda dormida y se dio cuenta de que había dormido encima de ella.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —preguntó Lindy con la voz brumosa de sueño.

—¿Dónde está el señor Wood? —replicó Kris impaciente—. ¿Dónde lo has metido?

—¿Cómo? —Lindy se esforzó en abrir los ojos y vio a Slappy sentado muy tieso en la silla. Pero estaba solo.

—No tiene ninguna gracia —saltó Kris.

Salió de la cama, se bajó las faldas del camisón y se acercó corriendo a la silla.

—¿Es que nunca te cansas de gastar bromitas pesadas?

—¿Bromitas? ¿Cómo? —Lindy apoyó los pies en el suelo.

Kris se agachó para mirar debajo de la silla, se arrodilló para buscar bajo las camas...

—¿Dónde está, Lindy? —preguntó enfadada, todavía de rodillas —. No le veo la gracia.

—Ni yo —contestó su hermana, estirándose.

Kris se incorporó y de pronto vio al muñeco.

—¡Vaya!

Lindy siguió la mirada sorprendida de su hermana.

El señor Wood les sonreía desde el umbral de la puerta. Parecía estar de pie, con sus flacas piernas dobladas en un extraño ángulo. Tenía puesta la ropa de vestir de Kris: la falda de Betsey Johnson y

la blusa de seda.

Kris se había quedado con la boca abierta. Se acercó corriendo a la puerta y vio que en realidad el muñeco no estaba de pie. Estaba colgado del pomo de la puerta, que tenía incrustado en la abertura de la espalda.

Kris cogió al muñeco por la cintura.

—¡Mi blusa! ¡Está toda arrugada! —exclamó, levantándola para que Lindy la viera—. ¡Esta vez te has pasado, Lindy! —dijo, mirándola furiosa con los ojos entrecerrados.

—¿Yo? —chilló la otra—. Te juro que no he sido yo, Kris. Estaba dormida como un tronco. No me he movido, no me he levantado hasta que me has despertado tú. ¡No he sido yo, de verdad!

Kris la miró duramente y luego miró al muñeco.

El señor Wood, vestido con su blusa y su falda, le sonreía como si estuviera disfrutando de su desconcierto.

—Muy bien, señor Wood —dijo Kris—, supongo que te has puesto mi ropa y has llegado hasta la puerta tú solito.

Lindy fue a decir algo, pero la interrumpió la voz de su madre en el piso de abajo.

—¿Es que no vais al colegio hoy? ¿Dónde estáis? ¡Llegáis tarde!

—¡Ya vamos! —gritó Kris, clavando una mirada furiosa a su hermana. Dejó con cuidado al señor Wood sobre su cama y le quitó la falda y la blusa. Al alzar la vista vio que Lindy salía disparada por el pasillo para entrar la primera en el baño.

Kris suspiró. El muñeco le sonreía con malicia.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —preguntó la niña—. Y o no te he vestido ni te he movido, y Lindy jura que ella tampoco.

«Si no fuimos nosotras —pensó—, ¿quién fue?»



—Échale la cabeza hacia delante —explicó Lindy—. Así. Si lo mueves arriba y abajo un poco, parecerá que se está riendo.

Kris bamboleó obedientemente al señor Wood en su regazo para hacerle reír.

—No le muevas tanto la boca —indicó Lindv.

—Estáis las dos locas —dijo Alice, la amiga de Lindy.

—Pues vaya novedad —bromeó Cody.

Estaban sentados los cuatro en una pequeña sombra bajo el arce del jardín de los Powell. Era una cálida tarde de sábado. El sol se alzaba alto en un cielo azul pálido y algunos rayos de luz amarilla se filtraban entre las hojas que había por encima de sus cabezas.

Barky estaba muy ocupado husmeando el jardín sin dejar de menear su colita.

Kris estaba sentada en una silla plegable, apoyada contra el retorcido tronco del árbol. Tenía al señor Wood en el regazo.

Lindy y Alice se habían acomodado al borde de la sombra, con las manos cruzadas ante el pecho, y contemplaban la actuación de Kris con cara de concentración y el ceño fruncido.

Alice era una niña alta y delgada, con el pelo largo y lacio a la altura de los hombros, nariz respingona y una boca muy bonita en forma de corazón. Llevaba unos pantalones cortos blancos y tenía una larga brizna de hierba entre los dientes.

Kris intentaba mostrar sus habilidades como ventrílocua, pero Lindy no hacía más que interrumpirla con sus «solícitas» sugerencias. Cuando no estaba haciendo sugerencias, Lindy miraba

muy nerviosa su reloj. No quería llegar tarde a su trabajo en la fiesta de Amy, a las dos en punto.

—Estáis más locas que una cabra —le dijo Alice.

—De eso nada —replicó ella—. Slappy es muy gracioso. A lo mejor de mayor llego a ser una artista cómica o algo así. —Volvió a mirar el reloj.

—Pues en el colé todos piensan que estáis chifladas las dos —insistió Alice, espantándose una mosca del brazo.

—Me da igual. Más chiflados están ellos.

—Como tú —dijo el señor Wood.

—Se te ha visto mover los labios —le dijo Lindy a su hermana.

Kris puso los ojos en blanco.

—Oye, déjame ya. Me has estado dando la tabarra toda la mañana.

—Sólo intentaba ayudarte. No tienes por qué ponerte así.

Kris lanzó un furioso gruñido.

—¿Han sido tus tripas? —le hizo decir al muñeco.

Cody se echó a reír.

—Por lo menos hay una persona que te ve la gracia —dijo Lindy secamente—, pero si quieres actuar en fiestas más vale que te busques chistes mejores.

Kris dejó caer al muñeco sobre su regazo.

—No he encontrado ningún libro de chistes —dijo desanimada—. ¿Tú de dónde los sacas?

Lindy esbozó una mueca de superioridad y se echó el largo pelo tras el hombro.

—Me los invento yo —dijo muy tiesa.

—¡Tú es que eres un chiste con patas! —exclamó Cody.

—Ja ja, recuérdame luego que me ría.

—¿Cómo es que no has sacado tu muñeco? —le preguntó Alice—. ¿No quieres ensayar para la fiesta?

—No me hace falta —replicó Lindy—. Lo tengo dominado. No quiero ensayar demasiado.

Kris refunfuñó.

—Algunos padres se van a quedar en la fiesta para vernos a Slappy y a mí —prosiguió Lindy, sin hacer caso de su hermana—. Si les gusto a los niños, a lo mejor sus padres me contratan para sus

fiestas.

—¿Y por qué no hacéis un número juntas Kris y tú? —sugirió Alice—. Sería la pera.

—Sí. ¡Menudo número! ¡Habría cuatro muñecos! —bromeó Cody.

Alice fue la única que se rió. Lindy hizo una mueca al muchacho.

—La verdad es que podría ser divertido —dijo pensativa—. Cuando Kris esté preparada —añadió.

Kris respiró hondo dispuesta a replicar enfadada, pero antes de que pudiera abrir la boca, Lindy le arrebató al señor Wood de las manos.

—Te voy a enseñar unas cuantas cosas —dijo Lindy, poniendo el pie en la silla de Kris y colocándose al señor Wood en el regazo—. Tienes que sostenerlo más derecho. Así.

—¡Oye, devuélvemelo! —Kris alzó la mano.

En ese momento el señor Wood bajó de pronto la cabeza para mirarla.

—¡Eres idiota! —la insultó en plena cara, con un grave y ronco gruñido.

—¿Eh? —Kris se apartó sorprendida.

—¡Eres una idiota! —repitió el señor Wood con el mismo áspero vozarrón.

—¡Lindy, ya está bien! —gritó Kris.

Cody y Alice se las habían quedado mirando con la boca abierta.

—¡Imbécil! ¡Cretina! ¡Largo de aquí! ¡Vete por ahí, idiota!

—¡Madre mía! —exclamó Cody.

—¡Que se calle! —le gritó Kris a su hermana.

—¡No puedo! —respondió Lindy con voz temblorosa. Tenía la cara muy pálida y los ojos desorbitados de miedo—. No puedo hacerlo callar, Kris. ¡El muñeco habla solo!



El muñeco miró a Kris con una fea y malvada sonrisa.

—¡No consigo que se calle! ¡Yo no estoy haciendo nada! —gritó Lindy. Tiró con todas sus fuerzas y apartó al señor Wood de la cara de Kris.

Cody y Alice intercambiaron miradas de perplejidad.

Kris, asustada, se levantó de la silla plegable y se apoyó contra el tronco del árbol.

—¿Que hablaba solo? —Miró fijamente al sonriente muñeco.

—C-creo que sí. No... no entiendo nada —declaró Lindy, con las mejillas encarnadas.

Barky ladraba y saltaba entre las piernas de Lindy intentando llamar su atención, pero la niña no apartaba la vista del rostro asustado de Kris.

—Es una broma, ¿verdad? —preguntó esperanzado Cody.

—¿Qué está pasando aquí? —terció Alice con los brazos cruzados.

Lindy, sin hacerles caso, tendió al señor Wood hacia Kris.

—Toma, es tuyo. A lo mejor tú puedes controlarlo.

—Pero...

Lindy miró el reloj.

—¡Oh, no! ¡La fiesta! ¡Llego tarde! —Y echó a correr hacia la casa—. ¡Luego! —gritó sin mirar atrás.

—Pero, Lindy... —la llamó Kris.

La puerta de la cocina se cerró de golpe detrás de su hermana.

Kris cogió al señor Wood por los hombros. El muñeco mostraba

su malvada sonrisa y tenía clavada en su dueña una intensa mirada.

Kris se columpiaba echándose hacia atrás y levantando los pies en el aire. Las cadenas gemían. El viejo columpio del jardín, medio cubierto de óxido, no había sido muy utilizado en los últimos años.

El sol de la tarde comenzaba a ponerse tras la casa. De la ventana de la cocina emanaba un aroma a pollo asado. Kris oía a su madre trajinar preparando la cena.

Barky ladraba detrás de ella. Kris bajó los pies al suelo y detuvo el columpio para no darle un golpe.

—Mira que eres tonto. ¿No sabes que te puedes hacer daño?

En ese momento vio que Lindy se acercaba por el camino con Slappy bajo el brazo. Por la sonrisa que traía, Kris supo enseguida que la fiesta había sido un éxito. Pero de todas formas tenía que preguntar.

—¿Cómo ha ido?

—¡Increíble! —exclamó Lindy—. ¡Slappy y yo estuvimos geniales!

Kris bajó del columpio y esbozó una forzada sonrisa.

—Qué bien.

—¡Los chicos disfrutaron como locos! —Lindy alzó a Slappy—. ¿Verdad, Slappy?

—Les gusté yo. ¡A ti te odiaron! —declaró Slappy con la voz de falsete de Lindy.

Kris forzó una risa.

—Me alegro de que fuera bien —dijo, haciendo un esfuerzo por portarse con nobleza.

—Canté a dúo con Slappy y me salió muy bien. Luego hicimos el diálogo. ¡No veas qué exitazo!

«No sabe más que presumir», pensó Kris amargamente. No podía evitar sentirse celosa.

—Todos los niños hicieron cola para hablar con Slappy —prosiguió Lindy—. ¿Verdad, Slappy?

—Les encanté a todos —hizo decir al muñeco—. ¿Dónde está mi parte del botín?

—¿Te pagaron veinte dólares? —preguntó Kris, pateando un matorral de hierbajos.

—Veinticinco. La madre de Amy dijo que soy tan buena que me merecía algo más. Ah, ¿y sabes qué? ¿Conoces a la señora Evans, la que siempre va vestida con pantalones de leopardo? Ya sabes, la madre de Anna. Pues me pidió que fuera a la fiesta de Anna el domingo que viene. ¡Me va a pagar treinta dólares! ¡Me voy a hacer rica!

—¡Vaya, treinta dólares! —murmuró Kris, moviendo la cabeza.

—Veinte para mí y diez para ti —dijo Slappy.

—¡Tengo que contárselo a mamá! —exclamó Lindy—. ¿Y tú, qué has hecho toda la tarde?

—Pues cuando te marchaste me quedé muy preocupada —contestó Kris, siguiendo a Lindy hacia la casa—. Por lo del señor Wood. Lo... lo he dejado arriba. Alice y Cody se marcharon a sus casas y mamá y yo fuimos al centro comercial.

Barky, moviendo enloquecidamente la cola, pasó corriendo entre sus piernas, a punto de tirarlas a las dos.

—¡Cuidado, *Barky*! —gritó Lindy.

—Ah, casi se me olvida —dijo Kris, deteniéndose en el escalón de la puerta—. Ha pasado una cosa.

Lindy se detuvo también.

—¿Algo bueno?

—Sí. Me encontré con la señora Berman en el centro. —La señora Berman era la profesora de música y organizadora del concierto de primavera.

—Qué emocionante —dijo Lindy, sarcástica.

—La señora Berman me preguntó si el señor Wood y yo podríamos ser los maestros de ceremonia en el concierto. —Kris sonrió.

Lindy tragó saliva.

—¿Que te ha pedido a ti que presentes el concierto?

—Sí. Tengo que actuar con el señor Wood delante de todos —presumió Kris encantada. Vio una chispa de envidia en el rostro de Lindy y todavía se puso más contenta.

Lindy abrió la puerta.

—Pues buena suerte —dijo secamente—. Con ese muñeco tan raro que tienes la vas a necesitar.

La familia pasó la cena hablando de la actuación de Lindy en la fiesta de Amy Marshall. Lindy y su madre charlaban animadamente. Kris comía en silencio.

—Tengo que admitir que al principio la cosa me pareció un poco rara —dijo la señora Powell mientras servía el helado del postre—. Me parecía increíble que te interesara la ventriloquia, Lindy. Pero supongo que se te da bien. Por lo visto tienes talento.

Lindy resplandecía. La señora Powell no solía prodigarse en cumplidos.

—En la biblioteca del colegio he encontrado un libro sobre ventriloquia —dijo Lindy—. Había consejos muy buenos. Incluso había un número cómico para ensayar. —Echó una ojeada a Kris—. Pero yo prefiero inventarme mis propios chistes.

—Deberías ver el número de tu hermana —sugirió la señora Powell a Kris mientras le tendía un cuenco de helado—. A lo mejor sacabas alguna idea para el concierto del colegio.

—Puede —replicó Kris, intentando disimular su fastidio.

Después de la cena el señor Powell llamó desde Portland. Lindy le contó su éxito con Slappy en la fiesta y Kris le dijo que le habían ofrecido presentar el concierto con el señor Wood. Su padre prometió no programar ningún viaje para poder asistir al evento.

Después de ver una película de vídeo que su madre había alquilado, las dos gemelas fueron a su habitación. Eran poco más de las once.

Kris encendió la luz. Lindy entró detrás. Las dos miraron la silla donde estaban los muñecos...

Y se quedaron sin aliento.

—¡Oh, no! —exclamó Lindy, llevándose una mano a la boca.

Esa tarde habían dejado a los muñecos sentados uno junto a otro, pero ahora Slappy estaba patas arriba, medio caído de la silla y con la cabeza en el suelo. Le habían quitado los zapatos marrones que estaban tirados contra la pared. Tenía el traje medio bajado por los brazos, aprisionándole las manos a la espalda.

—¡M-mira! —balbució Kris, aunque su hermana ya miraba horrorizada la escena—. El señor Wood es... —A Kris se le atascó la voz en la garganta.

El señor Wood se encontraba encima de Slappy, con las manos

en torno a su cuello, como si estuviera estrangulándolo.

10

—¡E-es increíble! —logró susurrar Kris. Al volverse vio la cara de miedo de su hermana.

—¿Qué está pasando? —gritó Lindy.

Las dos atravesaron corriendo la habitación. Kris cogió al señor Wood por el cuello y lo apartó del otro muñeco. Fue como separar a dos niños enzarzados en una pelea.

Examinó con cuidado al señor Wood, mirándole la cara como si esperara que el muñeco fuera a decir algo. Luego lo dejó boca abajo sobre la cama. Kris estaba pálida y muerta de miedo.

Lindy recogió del suelo los zapatos de Slappy y se los quedó mirando como si buscara en ellos una explicación a lo sucedido.

—Kris... ¿Has sido tú? —preguntó con suavidad.

—¿Eh? ¿Yo? —dijo Kris sorprendida.

—Sé que tenías celos de Slappy y de mí...

—Oye, espera un momento —replicó Kris enfadada, con voz aguda y temblorosa—. Yo no he sido, Lindy. No me acuses.

Lindy se la quedó mirando, escrutándole la cara. Luego su expresión se suavizó.

—No lo entiendo, no entiendo nada. Mira a Slappy. Está casi destrozado.

Dejó los zapatos en una silla y cogió con dulzura al muñeco, como si acunara a un bebé. Con una mano intentó ponerle bien la chaqueta.

Kris oyó que su hermana murmuraba algo. Le pareció que decía: «Tu muñeco es diabólico.»

—¿Qué has dicho? —preguntó.

—Nada —dijo Lindy, todavía forcejeando con la chaqueta—. Es que... esto me da un poco de miedo —confesó, poniéndose colorada y evitando mirar a su hermana.

—A mí también. Aquí está pasando algo muy raro. Creo que deberíamos contárselo a mamá.

Lindy abotonó la chaqueta y se sentó en la cama con Slappy en el regazo para ponerle los zapatos.

—Sí, me imagino que sí. Esto es bastante siniestro.

Su madre estaba en la cama, leyendo una novela de Stephen King. El dormitorio estaba a oscuras, excepto por la diminuta lamparilla de la cabecera de la cama, que arrojaba un estrecho triángulo de luz amarilla.

La señora Powell lanzó un grito al ver a sus hijas surgir de entre las sombras.

—Ah, qué susto me habéis dado. Estaba leyendo un libro de miedo y creo que me acababa de quedar dormida.

—¿Podemos hablar contigo? —preguntó Kris ansiosamente en un susurro.

—Está pasando algo muy raro —añadió Lindy.

La señora Powell bostezó y cerró el libro.

—¿Qué pasa?

—Es el señor Wood —dijo Kris—. Está haciendo cosas muy raras.

—¿Eh? —La señora Powell abrió mucho los ojos. Parecía pálida y cansada bajo la luz de la lámpara.

—Estaba estrangulando a Slappy —explicó Lindy—. Y esta tarde dijo cosas muy feas y...

—¡Ya está bien! —exclamó la señora Powell levantando la mano —. Ya está bien.

—Pero, mamá... —comenzó Kris.

—Dejadme descansar, niñas. Estoy harta de vuestras peleas.

—No lo entiendes —la interrumpió Lindy.

—Lo entiendo perfectamente —dijo cortante su madre—. Las dos habéis estado compitiendo con esos muñecos.

—¡Mamá, por favor!

—Quiero que lo dejéis ahora mismo —insistió la señora Powell,

poniendo el libro en la mesilla—.

Lo digo en serio. No quiero oír ni una palabra más sobre esos muñecos. Si tenéis problemas, resolvedlos vosotras.

—Mamá, escucha…

—Y si no podéis resolverlos, me llevaré los muñecos. Los dos. Y lo digo en serio. —La señora Powell apagó la lamparilla, dejando la habitación en tinieblas—. Buenas noches.

Las niñas no tuvieron más remedio que salir de la habitación. Recorrieron el pasillo en silencio.

Kris vaciló en la entrada de su cuarto. Esperaba encontrar al señor Wood estrangulando de nuevo a Slappy y suspiró aliviada al ver que los muñecos estaban donde los habían dejado.

—Mamá no nos ha ayudado mucho —comentó Lindy secamente, poniendo los ojos en blanco. Cogió a Slappy y lo colocó en la silla junto a la ventana.

—Yo creo que estaba dormida y la hemos despertado.

Kris cogió al señor Wood para colocarlo en la silla, pero de pronto se detuvo.

—¿Sabes qué? Creo que esta noche lo voy a guardar en el armario —dijo pensativa.

—Buena idea. —Lindy se metió en la cama.

Kris miró al muñeco, casi esperando que reaccionara, que se quejara, que empezara a insultarla. Pero el señor Wood sonreía y sus ojos pintados estaban opacos, sin vida.

Kris sintió un escalofrío de miedo.

«Le tengo miedo a un estúpido muñeco —pensó—. Esta noche lo voy a encerrar en el armario porque le tengo miedo.»

Llevó al señor Wood al armario y con un gemido lo levantó muy alto para meterlo en el último estante. Cerró luego la puerta con cuidado, hasta oír el click, y se metió en la cama.

Durmió intranquila, revolviendo las sábanas y con sueños perturbadores. A medianoche se despertó y descubrió que tenía el camisón totalmente retorcido, estrujándole el brazo derecho. Forcejeó para enderezárselo y volvió a dormirse.

Despertó muy temprano, empapada en sudor. El cielo todavía se veía gris. La habitación estaba caliente y el ambiente cargado. Kris

se incorporó lentamente. Se sentía cansada, como si no hubiera pegado ojo.

Pestañeó y centró la vista en la silla junto a la ventana. Allí estaba Slappy, donde Lindy lo había puesto.

Y junto a él estaba el señor Wood, con el brazo en torno a los hombros de Slappy, sonriendo triunfal como si acabara de gastar una broma estupenda.



—Bueno, señor Wood, ¿tú vas al colegio?

—Claro que sí. ¿Te crees que soy tonto?

—¿Y cuál es tu clase favorita?

—El taller de carpintería, claro.

—¿Qué estás construyendo en el taller?

—¡Una muñeca! ¿Qué otra cosa, si no? ¡Ja ja! ¿Te crees que quiero pasarme el resto de mi vida en tu falda?

Kris estaba sentada delante del espejo del tocador, con el señor Wood en las piernas, observándose mientras practicaba su número para el concierto del colegio.

El señor Wood llevaba dos días portándose bien. No había habido más incidentes misteriosos. Kris empezaba a sentirse mejor. Tal vez todo iría bien en adelante.

Se acercó al espejo para mirarse la boca mientras hacía hablar al muñeco. Era imposible pronunciar las bes y las emes sin mover los labios. Tendría que hacer lo posible por evitar esos sonidos.

«Ya se me da mejor pasar de la voz del señor Wood a la mía —pensó contenta—. Pero tengo que ser más rápida. Cuanto más deprisa hablemos él y yo, más gracia tiene.»

—Vamos a intentarlo otra vez, señor Wood —dijo, acercando la silla al espejo.

—Trabajo, trabajo, trabajo —le hizo gruñir al muñeco.

Pero antes de poder comenzar, Lindy irrumpió sin aliento en la habitación. Kris la miró acercarse por el espejo, con su largo pelo flotando suelto sobre sus hombros y una exaltada sonrisa en la cara.

—¡Adivina! —exclamó Lindy.

Kris iba a contestar, pero su hermana no le dio ocasión.

—La señora Petrie estaba en la fiesta de Amy Marshall. Trabaja para el Canal Tres, la cadena de televisión. Y cree que soy bastante buena para ir a *La búsqueda de talentos,* el programa que hacen todas las semanas.

—Ah, ¿de verdad? —fue todo lo que Kris logró decir.

Lindy se puso a saltar exaltadísima y a dar vítores.

—¡Slappy y yo vamos a salir en la tele! —gritó—. ¿Verdad que es fantástico?

Al ver en el espejo el rostro jubiloso de su hermana, Kris sintió una punzada de envidia.

—¡Tengo que contárselo a mamá! —dijo Lindy—. ¡Mamá! ¡Mamá! —Salió corriendo de la habitación. Kris la oyó gritar por todas las escaleras.

—¡Aaaaah! —Kris lanzó un furioso grito sin poder evitarlo—. ¿Por qué todas las cosas buenas le pasan a Lindy? —exclamó en voz alta—. Yo voy a presentar un estúpido concierto para unos quinientos padres... ¡Y ella va a salir por la tele! ¡Y eso que soy tan buena como ella, o incluso mejor!

Estaba tan furiosa que levantó al señor Wood por encima de su cabeza y lo estrelló contra el suelo. La cabeza del muñeco golpeó el suelo con un fuerte clonk y su boca se abrió como si fuera a gritar.

—Vaya. —Kris hizo un esfuerzo por recuperar la compostura.

El señor Wood, hecho un guiñapo a sus pies, la miraba con expresión acusadora. Kris lo levantó y lo estrechó contra ella.

—Ya está, ya está, señor Wood —susurró—. ¿Te has hecho daño? Lo siento mucho. No ha sido mi intención.

El muñeco seguía mirándola. Su sonrisa pintada no había cambiado, pero sus ojos parecían fríos e implacables.

Era una noche tranquila. No había brisa, las cortinas no se movían. La pálida luz de la luna entraba por la ventana creando largas sombras violetas que parecían reptar por toda la habitación.

Lindy dormía inquieta, agitada por sueños vertiginosos y llenos de colores. Un ruido la despertó sobresaltada. Un suave ruido apagado.

—¿Eh? —Levantó la cabeza de la almohada húmeda y se dio la

vuelta.

Alguien se movía en la oscuridad. El ruido que había oído eran pasos.

—¡Eh! —susurró, totalmente despierta ya—. ¿Quién anda ahí?

La figura se dio la vuelta en la puerta. Era una sombra perfilada contra sombras más oscuras.

—Soy yo.

—¿Kris?

—Sí. No sé por qué me he despertado. Tengo la boca seca. Voy a la cocina a por un vaso de agua.

Desapareció en la oscuridad. Lindy escuchó sus pasos en las escaleras. Cuando el sonido se desvaneció, la niña cerró los ojos y reclinó la cabeza en la almohada.

Un instante después oyó el grito de horror de Kris.

12

Lindy salió de la cama con el corazón dando brincos en su pecho.

Se le enredó la sábana en los pies y estuvo a punto de caerse. El espeluznante grito de Kris le resonaba en los oídos.

Bajó los escalones de dos en dos. Sus pies descalzos resonaban en la fina alfombra.

La planta baja estaba a oscuras, excepto por la fina rendija de luz amarillenta de la cocina.

—Kris... Kris... ¿Estás bien? —La voz de Lindy sonó floja y asustada en el oscuro pasillo.

—¿Kris?

Lindy se detuvo en la puerta. ¿De dónde venía aquella luz espectral?

Tardó un rato en darse cuenta de que era la tenue luz amarillenta de la nevera, que estaba abierta de par en par.

Y la nevera estaba vacía.

—¿Qué está pasando?

Entró en la cocina y algo frío y húmedo le rodeó el pie. Lindy ahogó una exclamación y vio que había pisado un charco de leche. Al lado estaba el cartón volcado.

Miró entonces a Kris, que estaba en la oscuridad al otro lado de la cocina, con la espalda contra la pared, tapándose con las manos su cara horrorizada.

—Kris, ¿qué demonios...?

Empezaba a ver ahora toda la escena. Era muy extraña, como...

diabólica. Lindy tardó un buen rato en asimilarla.

Pero ahora, siguiendo la horrorizada mirada de Kris, Lindy vio el amasijo que había en el suelo y se dio cuenta de por qué estaba vacía la nevera.

Todo lo que había dentro estaba tirado por el suelo. Una botella de zumo de naranja yacía volcada en un charco de zumo. Los huevos estaban espachurrados por todas partes, frutas y verduras cubrían la cocina.

—¡Aah! —gimió Lindy, totalmente estupefacta.

Todo parecía brillar y resplandecer. ¿Qué eran esas cosas brillantes entre la comida? ¡Las joyas de Kris!

Había pendientes, brazaletes y collares de cuentas por todas partes, mezclados con la comida tirada como en una especie de insólita ensalada.

—¡Oh, no! —chilló Lindy de pronto, al terminar de ver la imagen.

Sentado muy tieso en medio del desastre estaba el señor Wood, sonriendo alegremente. Tenía varios collares puestos, unos largos pendientes en las orejas y una fuente con restos de pollo en el regazo.

13

—Kris, ¿estás bien? —gritó Lindy apartando la vista del sonriente y enjoyado muñeco.

Kris no pareció oírla.

—¿Estás bien?

—¿Q-qué está pasando? —balbució Kris con la espalda pegada a la pared y la cara aterrorizada—. ¿Q-quién ha hecho esto? ¿Ha sido el señor Wood?

Lindy fue a responder, pero la interrumpió el sorprendido alarido de su madre.

—¡Mamá! —exclamó Lindy, girándose bruscamente.

La señora Powell encendió la luz y la cocina pareció llamear. Las tres pestañearon, intentando acostumbrarse a la súbita claridad.

—¡Pero esto qué es! —gritó la señora Powell. Fue a llamar a su marido, pero se acordó de que no estaba en casa—. ¡Esto es increíble!

Barky entró en la habitación brincando y meneando la cola, bajó la cabeza y empezó a lamer un charco de leche.

—Fuera de aquí —dijo severa la señora Powell. Cogió al perro, lo sacó de la cocina y cerró la puerta. Luego fue a grandes zancadas al centro de la habitación, moviendo la cabeza. Estuvo a punto de meter los pies descalzos en el charco de leche.

—Bajé a por un vaso de agua y... y me encontré este desastre —dijo Kris con voz trémula—. La comida, mis joyas. Todo...

—Fue el señor Wood —acusó Lindy—. ¡Míralo!

—¡Ya está bien! ¡Ya está bien! —chilló su madre—. Estoy harta.

La señora Powell contempló el desaguisado con el ceño fruncido, tirándose de un mechón de pelo. Sus ojos se detuvieron en el señor Wood. Lanzó un gemido de disgusto.

—Lo sabía —dijo con voz grave y mirando acusadora a las niñas —. Sabía que esto tenía algo que ver con los muñecos.

—Fue el señor Wood, mamá —dijo Kris acalorada, apartándose de la pared con los puños apretados—. Ya sé que parece una tontería, pero…

—Cállate —ordenó la señora Powell, entornando los ojos—. ¡Esto es de locos! ¡De locos! —Miró al enjoyado muñeco, que le sonreía sobre la enorme fuente de pollo—. Os habéis quedado las dos sin ellos —declaró mirando de nuevo a sus hijas—. Esto ya se está pasando de la raya.

—¡No! —exclamó Kris.

—¡Eso no es justo! —protestó Lindy.

—Lo siento, pero los muñecos los guardo yo. —La señora Powell barrió el suelo con la vista y suspiró de nuevo—. Mirad cómo está la cocina.

—¡Pero yo no he hecho nada! —gritó Lindy.

—¡Necesito al señor Wood para el concierto de primavera! Todos cuentan conmigo, mamá.

La señora Powell las miró a las dos.

—Ése es tu muñeco, ¿no? —le preguntó a Kris.

—Sí. Pero yo no he hecho esto, ¡te lo juro!

—Las dos decís que no habéis sido vosotras, ¿no? —La señora Powell tenía un aspecto agotado bajo la fuerte luz del techo.

—Sí —se apresuró a contestar Lindy.

—Pues entonces las dos os quedáis sin muñeco. Lo siento, pero alguna está mintiendo. ¡Esto es increíble!

Un pesado silencio cayó sobre la cocina mientras las tres miraban desoladas el desastre.

Kris fue la primera en hablar.

—Mamá, ¿y si Lindy y yo lo limpiamos todo?

Lindy se animó rápidamente.

—Sí, lo pondremos todo en su sitio ahora mismo. Te dejaremos la cocina como los chorros del oro. ¿Podremos quedarnos entonces con los muñecos?

La señora Powell movió la cabeza.

—No, me parece que no. Mirad la que se ha armado. Todas las verduras están para tirar. Y la leche.

—Lo repondremos todo —dijo Kris rápidamente—. Con nuestro dinero. Y lo limpiaremos todo. Por favor. ¿Nos darás otra oportunidad?

La señora Powell reflexionó, debatiéndose consigo misma. Miró los rostros ansiosos de sus hijas.

—Está bien —concedió por fin—. Cuando baje por la mañana quiero ver la cocina impecable. La comida, las joyas... todo en su sitio.

—Vale —dijeron las dos al unísono.

—Y no quiero volver a ver ninguno de los muñecos en la cocina. Si es así os daré otra oportunidad.

—¡Genial! —exclamaron las dos.

—Y no quiero oír más discusiones sobre esos muñecos —prosiguió su madre—. Nada de peleas ni de competiciones, ni de echarles la culpa de todo a ellos. No quiero volver a oír ni una palabra de ellos.

—No volverá a pasar —prometió Kris mirando de reojo a su hermana.

—Gracias, mamá —dijo Lindy—. Vete a la cama. Nosotras lo limpiaremos todo. —Empujó a su madre suavemente hacia la puerta.

—Ni una palabra más sobre los muñecos.

—Sí, mamá —contestaron las gemelas.

Su madre se marchó a su habitación y ellas se pusieron a limpiar. Kris sacó una bolsa grande de basura y la sostuvo mientras Lindy tiraba dentro cartones vacíos y comida estropeada. Kris recogió con cuidado todas sus joyas y se las llevó arriba.

Ninguna de las dos habló. Trabajaron en silencio, limpiando y barriendo hasta que la cocina estuvo limpia. Lindy cerró la nevera y bostezó ruidosamente.

Kris inspeccionó el suelo a cuatro patas para asegurarse de que estaba inmaculado. Luego cogió al señor Wood, que sonreía como si todo hubiera sido una broma estupenda.

«Este muñeco no ha dado más que disgustos», pensó Kris.

«Nada más que disgustos.»

Salieron las dos de la cocina y apagaron la luz. Luego subieron las escaleras en silencio. Ninguna había dicho ni una palabra.

La pálida luz de la luna se filtraba por la ventana de la habitación. Hacía calor. Kris echó un vistazo al reloj. Eran poco más de las tres de la madrugada.

Slappy estaba sentado en su silla, con la luz de la luna reflejada en su rostro sonriente. Lindy se metió bostezando en la cama, apartó el cobertor y se tapó sólo con la sábana. Luego le dio la espalda a su hermana.

Kris llevaba al señor Wood al hombro. «No das más que disgustos», pensó enfadada, sosteniéndolo delante de ella y mirándole a la cara.

«Nada más que disgustos.»

La ancha y socarrona sonrisa del señor Wood parecía burlarse de ella. Un escalofrío de miedo se mezcló con su enfado. «Estoy empezando a odiar este muñeco —pensó—. Lo odio y le tengo miedo.»

Abrió enfadada la puerta del armario y metió dentro al señor Wood, que cayó hecho un guiñapo al suelo. Kris cerró luego de golpe y con el corazón martilleándole en el pecho se metió en la cama y se tapó.

De pronto se sentía muy cansada. Le dolía todo el cuerpo de pura debilidad. Enterró la cara en la almohada y cerró los ojos.

Acababa de quedarse dormida cuando oyó la vocecilla:

—¡Sacadme de aquí! ¡Sacadme de aquí! —gritaba. Era una voz apagada que salía del armario.

14

—¡Sacadme de aquí! ¡Sacadme de aquí! —decía enfadada la aguda vocecilla.

Kris se incorporó de un brinco y todo su cuerpo se estremeció en un escalofrío de miedo. Miró la otra cama. Lindy no se había movido.

—¿Has… has oído eso? —balbució Kris.

—¿El qué? —preguntó Lindy soñolienta.

—La voz. En el armario.

—¿Eh? ¿De qué hablas? Son las tres de la mañana. ¿Es que no podemos dormir un poco?

—Pero, Lindy… —Kris puso los pies en el suelo. El corazón le martilleaba en el pecho—. Despierta. ¡Escúchame! El señor Wood me estaba llamando. ¡Estaba hablando!

Lindy alzó la cabeza y se quedó escuchando.

Silencio.

—Yo no oigo nada. A lo mejor estabas soñando.

—¡No! —chilló Kris, notando que perdía el control—. ¡No era un sueño! Tengo mucho miedo, Lindy. ¡Tengo muchísimo miedo!

Se echó a temblar de la cabeza a los pies y unas lágrimas calientes descendieron por sus mejillas. Lindy se levantó y se acercó a la cama de su hermana.

—E-está pasando algo horrible, Lindy —balbució Kris entre lágrimas.

—Y yo sé quién es el culpable —susurró Lindy, poniéndole una mano en el hombro tembloroso.

—¿Eh?

—Sí, yo sé quién ha estado haciendo todo esto. Sé quién ha sido.

—¿Quién? —preguntó Kris sin aliento.

15

—¿Quién? —repitió Kris, dejando que las lágrimas le surcaran las mejillas—. ¿Quién?

—Yo. —La sonrisa de Lindy era casi tan ancha como la de Slappy. Cerró los ojos y se echó a reír.

—¿Eh? —Kris no entendía nada—. ¿Qué has dicho?

—He dicho que he sido yo. Yo, Lindy. Ha sido una broma, Kris. Te la he vuelto a pegar. —Asintió con la cabeza como si quisiera confirmar sus palabras.

Kris se la quedó mirando con la boca abierta.

—¿Que ha sido una broma?

Lindy seguía asintiendo con la cabeza.

—¿Tú moviste al señor Wood por la noche? ¿Le pusiste mi ropa y le hiciste decirme todas esas groserías? ¿Tú lo pusiste en la cocina? ¿Tú has armado todo ese follón?

Lindy soltó una risita.

—Sí. Te he asustado, ¿verdad?

Kris apretó los puños.

—Pero... pero... —balbució—. ¿Por qué?

—Por diversión. —Lindy se dejó caer en su cama, todavía sonriente.

—¿Diversión?

—Quería ver si te podía asustar. Ha sido una broma. Es increíble que te creyeras que la voz salía del armario. ¡Debo de ser muy buena ventrílocua!

—Pero, Lindy...

—¡De verdad te has llegado a creer que el señor Wood estaba vivo o algo así! —Lindy se echó a reír, disfrutando de su victoria—. ¡Pero mira que eres tonta! —Y estalló en carcajadas.

—No tiene gracia —dijo Kris suavemente.

—Anda que no. ¡Es la repera! ¡Deberías haberte visto la cara cuando te encontraste abajo al señor Wood con todos tus preciosos collares puestos!

—¿Cómo… cómo se te ha podido ocurrir una broma tan malvada?

—Pues por las buenas —contestó Lindy con cierto orgullo—. Se me ocurrió cuando conseguiste tu muñeco.

—Tú no querías que yo tuviera un muñeco —recordó Kris pensativa.

—Eso es. Quería tener algo mío, para variar. Estoy harta de que siempre me estés imitando, así que…

—Así que se te ocurrió hacerme esta jugarreta —la acusó Kris.

Lindy asintió.

Kris se acercó furiosa a la ventana y apoyó la frente contra el cristal.

—Es… es increíble lo tonta que he sido —masculló.

—Tienes razón —convino Lindy, sonriendo otra vez.

—Ya había empezado a pensar que el señor Wood estaba vivo o algo así —dijo Kris, mirando por la ventana el jardín—. Habías conseguido que le cogiera miedo.

—¡Es que soy genial! —proclamó Lindy.

Kris se volvió hacia ella.

—No te voy a volver a dirigir la palabra en la vida.

Lindy se encogió de hombros.

—Era sólo una broma.

—No —insistió Kris—. Ha sido demasiado malvado para ser una broma. No te voy a hablar nunca más.

—Muy bien. Creí que tenías sentido del humor. —Lindy se metió en la cama, dando la espalda a su hermana, y se tapó la cabeza con las sábanas.

«Tengo que encontrar la forma de vengarme —pensó Kris—. ¿Pero cómo?»

16

Unos días después, al acabar las clases, Kris se fue a su casa con Cody. Era una tarde cálida y húmeda. Los árboles estaban inmóviles y arrojaban poca sombra sobre la acera. Del asfalto parecían salir nubes de vapor.

—Ojalá tuviéramos piscina —murmuró Kris, quitándose la mochila del hombro.

—Sí, ojalá —dijo Cody mientras se enjugaba la frente con la manga de su camiseta roja.

—Me gustaría meterme en una piscina enorme de té helado, como en los anuncios de la tele. Son siempre tan refrescantes.

Cody hizo una mueca.

—¿Bañarte en té helado? ¿Con hielos y trozos de limón?

—Déjalo —masculló Kris.

Cruzaron la calle. Un par de niños, conocidos suyos, pasaron en bicicleta. En una escalera apoyada en una esquina había dos hombres con uniformes blancos pintando las cañerías.

—Qué calor deben de estar pasando —comentó Cody.

—Vamos a cambiar de tema —dijo Kris.

—¿Qué tal te va con el señor Wood?

—Bastante bien. Creo que tengo algunos chistes muy buenos. El concierto es mañana y creo que estoy preparada.

Se detuvieron en la esquina y dejaron pasar una enorme furgoneta azul.

—¿Ya te hablas con tu hermana? —preguntó Cody. El fuerte sol hacía brillar su pelo rubio.

—Un poco —contestó Kris haciendo una mueca—. Le hablo, pero no la he perdonado.

—Te jugó una buena —dijo Cody, volviéndose a enjugar la frente con la manga.

—Me sentí tan tonta —admitió Kris—. La verdad es que fui una estúpida. Llegó a hacerme creer que era el señor Wood el culpable de todo. —Kris movió la cabeza. Cada vez que se acordaba volvía a darle vergüenza.

Al ver su casa, Kris abrió la mochila para coger las llaves.

—¿Le has contado a tu madre la bromita de Lindy? —preguntó Cody.

Kris movió la cabeza.

—Mi madre está muy enfadada. No quiere ni oír hablar de los muñecos. Mi padre llegó anoche de Portland y mi madre le contó lo que había pasado, así que ahora tampoco podemos hablar de los muñecos con él. —Encontró por fin las llaves y entró en el camino particular de su casa—. Gracias por acompañarme.

—Bueno, de nada. —Cody se despidió con la mano y se marchó.

Al meter la llave en la cerradura Kris oyó a *Barky* ladrar y saltar muy excitado al otro lado de la puerta.

—Ya voy, *Barky*. Aguanta un poco.

En cuanto abrió, *Barky* se puso a lamerla y a gemir como si llevara meses sin verla.

—¡Vale, vale! —exclamó ella riendo.

Tardó un rato en calmar al perro. Luego se preparó algo de comer en la cocina y subió a su habitación para ensayar con el señor Wood.

Cogió al señor Wood de la silla, donde se había pasado el día junto a Slappy, y con una lata de Coca-Cola en una mano y el muñeco al hombro, Kris se dirigió al tocador y se sentó ante el espejo. Era el mejor momento del día para ensayar, pensó Kris. No había nadie en casa. Sus padres estaban trabajando y Lindy estaba en alguna actividad extraescolar.

Kris se puso al señor Wood en el regazo.

—Es hora de trabajar —le hizo decir moviéndole los labios. Luego le giró los ojos de un lado a otro.

Al muñeco se le había abierto un botón de la camisa. Kris apoyó

al muñeco contra el tocador para abrochárselo y en ese momento algo le llamó la atención, algo amarillo dentro del bolsillo.

—Qué raro —dijo la niña en voz alta—. No me había dado cuenta de que hubiera nada ahí.

Metió dos dedos en el pequeño bolsillo y sacó un papel amarillento y doblado. «Debe de ser el precio», pensó Kris. Desdobló la hoja de papel para leerla.

No era el precio. En el papel había una sola frase escrita a mano muy cuidadosamente con tinta negra, en un idioma que Kris no conocía.

—¿Te han enviado una carta de amor, señor Wood? —le preguntó al muñeco. El títere se la quedó mirando sin vida.

Kris leyó en voz alta la extraña frase:

—«Karru marri odonna loma molonu karrano.»

«¿Qué idioma será éste?», se preguntó. Volvió a mirar al muñeco y lanzó un grito de sorpresa. Le había parecido que el señor Wood pestañeaba.

Pero no era posible... ¿no?

Kris respiró hondo y soltó el aire poco a poco. El muñeco la miraba con sus ojos pintados, tan opacos y abiertos como siempre. «No nos pongamos paranoicos», se reprendió Kris.

—Es hora de trabajar, señor Wood —dijo. Dobló la hoja de papel y volvió a metérsela en el bolsillo. Luego sentó al muñeco y buscó con la mano los controles de la boca y los ojos.

—¿Qué tal te van las cosas en casa, señor Wood?

—No muy bien, Kris. Tengo termitas. Me hacen tanta falta las termitas como otro agujero en la cabeza. ¡Ja ja!

—¡Lindy! ¡Kris! ¡Bajad un momento, por favor! —llamó el señor Powell al pie de las escaleras.

Ya habían cenado y las gemelas estaban en su habitación. Lindy, tumbada boca abajo en la cama, leía un libro del colegio. Kris estaba delante del espejo del tocador, ensayando en voz baja con el señor Wood para el concierto del día siguiente.

—¿Qué quieres, papá? —gritó Lindy, poniendo los ojos en blanco.

—Estamos ocupadas —dijo Kris, acomodándose al muñeco en el

regazo.

—Han venido los Miller y quieren ver vuestros números de ventriloquia —gritó su padre.

Las gemelas gimieron a la vez. Los Miller eran la pareja de ancianos que vivía en la casa de al lado. Eran buena gente, pero muy aburridos.

Las niñas oyeron los pasos del señor Powell en las escaleras. Un instante después, asomó la cabeza por la puerta.

—Vamos, niñas. Haced algún número cortito para los Miller. Han venido a tomar café y les hemos hablado de vuestros muñecos.

—Pero yo tengo que ensayar para mañana —protestó Kris.

—Ensaya con ellos —sugirió su padre—. Venga, sólo cinco minutos. Les va a encantar.

Suspirando en voz alta las niñas accedieron y fueron detrás de su padre al salón, con los muñecos al hombro.

El señor y la señora Miller estaban sentados juntos en el sofá, tomando un café que tenían encima de la mesa. Cuando las vieron aparecer, sonrieron y las saludaron efusivamente.

A Kris siempre le chocaba lo mucho que se parecían los Miller. Los dos tenían la cara delgada y rosada, coronada por un pelo blanco y esponjoso. Los dos llevaban gafas bifocales de montura plateada que se les deslizaban sobre la nariz hasta el mismo punto. Los dos tenían la misma sonrisa. El señor Miller tenía un bigotillo gris. Lindy siempre decía que se lo había dejado para que la gente pudiera distinguir al uno del otro.

«¿Será eso lo que pasa cuando una pareja lleva casada mucho tiempo? —se preguntaba Kris—. ¿Que al final los dos se hacen iguales?»

Los Miller vestían incluso de forma parecida, con pantalones bermudas amplios de color marrón y camisas blancas deportivas.

—Lindy y Kris empezaron con la ventriloquia hace unas semanas —estaba explicándoles la señora Powell. Dio media vuelta en su asiento para mirar a sus hijas y les hizo una seña de que se pusieran en el centro del salón—. Y las dos tienen bastante talento.

—¿Habéis oído hablar de Bergen y McCarthy? —preguntó sonriendo la señora Miller.

—¿Quién? —preguntaron a la vez Lindy y Kris.

—Eran unos ventrílocuos de antes de que vosotras nacierais —contestó con una risita el señor Miller.

—¿Queréis actuar un poco? —preguntó la señora Miller, apoyándose la taza de café en el regazo.

El señor Powell puso una silla en el centro del salón.

—Venga, Lindy, tú primero. —Se volvió hacia los Miller—. Son muy buenas, ya verán.

Lindy se sentó y se puso a Slappy en el regazo. Los Miller aplaudieron. La señora Miller estuvo a punto de tirar el café, pero consiguió sujetar la taza justo a tiempo.

—¡No aplaudan, tiren dinero! —dijo Slappy.

Todos se echaron a reír como si no hubieran oído antes ese chiste.

Kris observaba desde la escalera. Lindy era buena, eso había que reconocerlo. Los Miller se reían tanto que tenían la cara roja, del mismo tono de rojo. La señora Miller apretaba la rodilla de su esposo cada vez que se reía.

Lindy terminó con un gran aplauso. Los Miller comentaron lo buena que era. Lindy les contó lo del programa de televisión en el que iba a aparecer y ellos prometieron no perdérselo.

—Lo grabaremos —dijo el señor Miller.

Kris tomó su lugar en la silla y sentó al señor Wood en su regazo.

—Éste es el señor Wood —les dijo a los Miller—. Mañana vamos a ser los presentadores del concierto de primavera en el colegio. Ahora les voy a enseñar lo que vamos a decir.

—Es un muñeco muy bonito —comentó la señora Miller.

—¡Tú en cambio eres feísima! —declaró el señor Wood con un áspero gruñido.

La madre de Kris se quedó sin aliento. Las sonrisas de los Miller se desvanecieron. El señor Wood se inclinó hacia delante para mirar bien al señor Miller.

—¿Es eso un bigote o es que te estás comiendo una rata? —preguntó grosero.

El señor Miller miró incómodo a su esposa y luego forzó una risa. Los dos se rieron.

—No os riáis tanto, que se os puede caer la dentadura postiza —

gritó el señor Wood—. ¿Y cómo es que vuestros dientes tienen ese desagradable color amarillento? ¿Es por culpa del mal aliento?

—¡Kris! —exclamó la señora Powell—. ¡Ya basta!

Los Miller estaban ahora muy colorados y con expresión perpleja.

—No ha tenido gracia. Pide perdón a los Miller —dijo el señor Powell, acercándose a Kris.

—Yo... ¡Yo no he dicho nada! —balbució Kris—. De verdad, yo...

—¡Kris, pide perdón! —repitió su padre enfadado.

El señor Wood se volvió hacia los Miller.

—Lo siento —dijo con su áspera voz—. Siento que seáis tan feos. Siento que seáis tan viejos y tan idiotas.

Los Miller se miraron disgustados.

—No le veo la gracia —dijo la anciana.

—No son más que groseros insultos —replicó el señor Miller.

—¡Pero Kris! ¿Qué te pasa? —terció la señora Powell. Se había levantado y estaba junto a su marido—. ¡Pide perdón a los Miller ahora mismo!

—Yo... yo... —Kris se levantó cogiendo al señor Wood por la cintura—. Yo... yo... —Intentó pronunciar una disculpa, pero no le salían las palabras—. ¡Lo siento! —logró gritar por fin.

Entonces, con un grito de vergüenza, salió corriendo escaleras arriba con la cara llena de lágrimas.

17

—¡Tienes que creerme! —exclamó Kris temblando—. De verdad que yo no dije nada de eso. ¡El señor Wood hablaba solo!

Lindy puso los ojos en blanco.

—Ya, ¿y qué más? —replicó sarcástica.

Lindy había subido detrás de Kris mientras sus padres seguían pidiendo perdón a los Miller. Ahora Kris estaba sentada en el borde de su cama, enjugándose las lágrimas de la cara. Lindy se había cruzado de brazos delante del tocador.

—A mí no me gusta hacer chistes tan insultantes —dijo Kris, mirando de reojo al señor Wood, que yacía desplomado en el suelo, donde ella lo había tirado.

—¿Entonces por qué los haces? ¿Es que querías ponerlos furiosos a todos?

—¡Que no fui yo! —chilló Kris, revolviéndose el pelo—. ¡Fue el señor Wood, no yo!

—¿Cómo puedes ser tan copiona? —dijo Lindy enfadada—. Esa broma ya te la he gastado yo, Kris. ¿Es que nunca se te ocurre nada original?

—No es ninguna broma —insistió su hermana—. ¿Por qué no me crees?

—Venga ya. —Lindy movió la cabeza, todavía de brazos cruzados—. No te pienses que voy a tragarme ese rollo.

—¡Lindy, por favor! Tengo miedo. Tengo mucho miedo.

—Sí, ya. Yo también estoy temblando. Madre mía. Sí que me has engañado, Kris. Supongo que me has demostrado que tú también

sabes gastar bromas.

—¡Calla! —saltó Kris, con los ojos llenos de lágrimas otra vez.

—Muy bueno lo de las lagrimitas, pero tampoco me engañas. Y menos vas a engañar a mamá y papá. —Se volvió y cogió a Slappy—. Creo que Slappy y yo deberíamos practicar algunos chistes. Después de tu actuación de hoy puede que no te dejen presentar mañana el concierto.

Se echó a Slappy al hombro y salió de la habitación pasando por encima del señor Wood.

Detrás del escenario de la sala de actos hacía calor y había mucho ruido. Kris tenía la boca seca y no dejaba de ir a la fuente para beber sorbos de agua caliente.

Las voces del público al otro lado del telón parecían rebotar en las cuatro paredes y el techo. La sala se iba llenando, y a medida que aumentaba el ruido, más nerviosa se iba poniendo Kris,

«¿Cómo voy a realizar mi número delante de tanta gente?», se preguntó, apartando una esquina del telón para asomarse. Sus padres estaban a un lado, en la tercera fila.

Al verlos se acordó de la noche anterior. La habían castigado dos semanas por insultar a los Miller y habían estado a punto de prohibirle asistir al concierto.

Kris se quedó mirando a los niños y adultos que llenaban la enorme sala de actos. Reconoció muchas caras. Se dio cuenta de que tenía las manos heladas y la boca seca otra vez.

«No pienses que es un público —se dijo—. Piensa que son unos cuantos niños con sus padres y que a la mayoría los conoces.»

Pero eso todavía empeoró las cosas. Kris soltó el telón y se apresuró a beber un último trago. Luego cogió al señor Wood de la mesa donde lo había dejado.

De pronto se hizo el silencio al otro lado del telón. El concierto estaba a punto de empezar.

—¡Suerte! —le dijo Lindy, que iba corriendo a reunirse con los demás miembros del coro.

—Gracias —replicó ella débilmente. Levantó al señor Wood y le alisó la camisa.

—¡Tienes las manos mojadas! —le hizo exclamar.

—Nada de insultos esta noche —dijo Kris con severidad. Para su sorpresa, el muñeco pestañeó—. ¡Eh! —gritó ella. No había tocado el control de los ojos.

La invadió un miedo que iba más allá del pánico al escenario. «Tal vez no debería seguir adelante —pensó mirando al señor Wood y esperando que volviera a pestañear—. Tal vez debería decir que estoy enferma y no actuar con él.»

—¿Estás nerviosa? —susurró una voz.

—¿Eh? —Al principio creyó que se trataba del muñeco, pero enseguida se dio cuenta de que era la señora Berman, la profesora de música.

—Sí, un poco —admitió Kris, notando que se sonrojaba.

—Estarás fenomenal —la animó la profesora, apretándole el hombro con una mano sudorosa. Era una mujer alta y corpulenta, con varias papadas, la boca pintada de carmín rojo y el pelo negro y suelto. Llevaba un vestido amplio y largo de flores rojas y azules—. Allá vamos —dijo, apretando otra vez el hombro de Kris.

La señora Berman salió al escenario, parpadeando contra la fuerte luz blanca de los focos, para presentar a Kris y al señor Wood.

«¿Estoy haciendo esto de verdad? ¿Podré hacerlo?»

Le latía el corazón tan fuerte que ni siquiera pudo oír la presentación de la señora Berman. Entonces, de pronto el público estalló en aplausos y Kris se encontró caminando por el escenario hacia el micrófono, llevando al señor Wood con las dos manos.

La señora Berman salía en ese momento, con un aleteo de su floreado vestido. Sonrió a Kris y le hizo un guiño de ánimo cuando se cruzó con ella.

Kris fue al centro del escenario, parpadeando a causa de los focos. Tenía la boca seca como la estopa y se preguntó si sería capaz de pronunciar palabra.

Le habían puesto una silla plegable. Se sentó, se puso al señor Wood en el regazo y se dio cuenta de que el micro estaba demasiado alto. Esto arrancó unas risitas del público.

Avergonzada, Kris se levantó y sosteniendo al muñeco con una mano forcejeó para bajar el micrófono.

—¿Algún problema? —dijo la señora Berman entre bambalinas.

La profesora se apresuró a ayudar a Kris, pero antes de que hubiera llegado al centro del escenario, el señor Wood se inclinó sobre el micrófono.

—¿A qué hora despega el globo? —preguntó grosero, mirando el vestido de la señora Berman.

—¿Qué? —La profesora se detuvo sorprendida.

—Tu cara me recuerda una berruga que me quitaron —gruñó el señor Wood a la sobresaltada mujer.

La profesora abrió la boca horrorizada.

—¡Kris!

—Si contamos tus papadas, ¿podremos saber tu edad?

Del público se elevaban algunas risas, pero mezcladas con exclamaciones de indignación.

—¡Kris, ya basta! —exclamó la señora Berman. El micrófono recogió su enfadada protesta.

—¡Tú sí que eres basta! —declaró el muñeco—. ¡Como engordes más vas a necesitar un código postal para ti sola!

—¡Kris! Discúlpate ahora mismo —dijo la profesora con la cara como un tomate.

—Señora Berman... ¡No soy yo! —balbució Kris—. ¡Yo no estoy diciendo nada!

—Pide perdón. A mí y al público —exigió la mujer.

El señor Wood se inclinó sobre el micrófono.

—¡Pide perdón tú por ESTO! —gritó.

El muñeco echó atrás la cabeza. La boca se le abrió de par en par y salió un chorro de espeso líquido verde.

—¡Aj! —gritó alguien.

Parecía sopa de guisantes. Salía de la boca abierta del señor Wood como el agua de una boca de incendios. El fluido verde se vertía como una ducha sobre la gente de las primeras filas. Se oían gritos y chillidos de sorpresa.

—¡Basta!

—¡Socorro!

—¡Que alguien haga algo!

—¡Apesta!

Kris estaba petrificada de horror, mirando cómo salía cada vez más líquido asqueroso de la boca abierta del muñeco.

Un olor putrefacto emanaba de aquella sustancia, un olor a leche agria, huevos podridos, goma quemada, carne descompuesta. Aquella cosa verde formaba charcos en el escenario y salpicaba las primeras filas.

Cegada por los focos, Kris no podía ver al público, pero sí oía sus agitadas respiraciones, las expresiones de asco y los gritos frenéticos de socorro.

—¡Despejen la sala! ¡Despejen la sala! —gritaba la señora Berman.

Kris oyó el rumor de la gente que se abría paso a empujones por los pasillos.

—¡Apesta!

—¡Qué mareo!

—¡Que alguien me ayude!

Kris intentó tapar con la mano la boca del muñeco, pero la fuerza del pútrido líquido verde que brotaba entre espumarajos era demasiado fuerte.

De pronto se dio cuenta de que tiraban de ella por detrás, que la sacaban del escenario, lejos de los gritos y la multitud que huía de la sala de actos, lejos de los focos cegadores.

Antes de darse cuenta, estaba entre bambalinas. Era la señora Berman la que tiraba de ella.

—No... no sé cómo has podido hacer eso. ¡Ni por qué! —gritó furiosa la profesora, limpiándose frenéticamente con ambas manos los manchurrones del asqueroso líquido verde del vestido—. Pero me encargaré de que te expulsen del colegio, Kris. ¡Y si de mí depende, te expulsarán para toda la vida!

18

—Eso es, cierra la puerta —dijo el señor Powell muy serio, mirando a Kris con los ojos entrecerrados.

Estaba muy cerca de ella, con los brazos cruzados, asegurándose de que seguía sus instrucciones. Kris había doblado cuidadosamente al señor Wood por la mitad y lo había metido en el fondo del estante del armario. Ahora cerró la puerta como le habían ordenado.

Lindy observaba en silencio desde su cama, con expresión preocupada.

—¿Tiene llave el armario? —-preguntó el señor Powell.

—No —contestó Kris, bajando la cabeza.

—Bueno, pues así se queda —dijo él—. El lunes me lo llevaré de nuevo a la casa de empeños. Hasta entonces no se te ocurra sacarlo.

—Pero, papá...

El señor Powell alzó la mano para callarla.

—Tenemos que hablar —suplicó Kris—. Tienes que escucharme. Lo que ha pasado esta noche... no era ninguna broma. Yo...

Su padre le dio la espalda con el ceño fruncido.

—Lo siento, Kris. Lo discutiremos mañana. Tu madre y yo estamos demasiado enfadados y preocupados para hablarlo ahora.

—Pero, papá...

Él salió de la habitación sin hacerle caso. Kris oyó sus pasos, fuertes y apresurados, por las escaleras. Luego se volvió lentamente hacia Lindy.

—¿Y ahora me crees?

—Yo… no sé qué creer —dijo Lindy—. Ha sido tan… tan increíblemente asqueroso.

—Lindy, yo…

—Papá tiene razón. Ya hablaremos mañana. Seguro que mañana las cosas están más calmadas.

Pero Kris no podía dormir. No hacía más que dar vueltas, incómoda en la cama, totalmente despierta. Se puso la almohada en la cara y se quedó así un rato, agradeciendo la oscuridad. Luego la tiró al suelo.

«No podré dormir nunca más», pensó.

Cada vez que cerraba los ojos volvía a ver la espantosa escena de la sala de actos. Oía los chillidos atónitos de los niños y los padres del público, oía cómo los gritos sorprendidos se convertían en expresiones de asco mientras aquella porquería putrefacta salpicaba a todo el mundo.

Había sido asqueroso, totalmente asqueroso.

Y todos le echaban la culpa a ella.

«Mi vida está arruinada —pensó Kris—. No podré volver allí nunca más. No podré volver al colegio. No podré volver a asomar la cara en ningún sitio. Toda mi vida ha quedado arruinada por ese estúpido muñeco.»

Lindy respiraba suavemente en la cama de al lado, con un ritmo tranquilo y regular. Kris miró la ventana del dormitorio. Las cortinas filtraban la pálida luz de la luna. Slappy estaba sentado en su sitio habitual, doblado en dos con la cabeza entre las rodillas.

«Estúpidos muñecos —pensó Kris con amargura—. Son tan estúpidos…»

Echó un vistazo al reloj. La una y veinte. En el exterior se oyó un ronco rumor y el suave chirrido de unos frenos. Debía de estar pasando algún camión.

Kris bostezó. Cerró los ojos y vio el asqueroso líquido verde saliendo de la boca del señor Wood.

«¿Lo veré cada vez que cierre los ojos? —se preguntó—. ¿Qué demonios era? ¿Cómo han podido pensar todos que yo he hecho algo tan… tan…?»

El rumor del camión se desvaneció a lo lejos. Pero entonces Kris

oyó otra cosa.

Un suave paso. Alguien se movía. Kris contuvo el aliento y se puso a escuchar.

Silencio. Un silencio tan pesado que oía el fuerte martilleo de su corazón. De pronto otro paso. Una sombra se movía.

La puerta del armario se abrió de golpe… ¿O no eran más que las sombras danzando?

No. Alguien se movía. Algo se movía en el armario. Algo caminaba furtivamente hacia la puerta del dormitorio, despacio, en silencio.

Kris bajó los pies al suelo y escudriñó las tinieblas hasta clavar la mirada en la figura silenciosa que no dejaba de moverse.

«¿Qué está pasando?», se preguntó. La sombra se movió de nuevo. Se oyó como un arañazo, el ruido de una manga rozando el marco de la puerta.

Kris se levantó y se acercó a la puerta con las piernas temblando, detrás de la sombra. Salió al pasillo, que estaba todavía más oscuro, puesto que no tenía ventanas. Se dirigió hacia las escaleras. La sombra se movía ahora deprisa y Kris la seguía descalza, sin hacer ruido sobre la alfombra.

«¿Qué está pasando? ¿Qué está pasando?»

En el rellano alcanzó a la figura.

—¡Eh! —dijo en un tenso susurro. Cogió la sombra por el hombro y la obligó a darse la vuelta… Para encontrarse cara a cara con el rostro sonriente del señor Wood.

19

El señor Wood pestañeó y soltó un feo y amenazador siseo. En la oscuridad de la escalera, su sonrisa pintada se convirtió en una mueca siniestra.

Kris, muerta de miedo, aferraba el hombro del muñeco con los dedos hundidos en la áspera tela de su camisa.

—¡Esto... esto es imposible! —susurró.

El señor Wood parpadeó de nuevo y soltó una risita. Al abrir la boca su sonrisa se ensanchó todavía más. Intentó soltarse de la mano de Kris, pero ella lo tenía aferrado sin darse cuenta siquiera.

—Pero, pero... ¡Pero si eres un muñeco! —chilló.

Él se rió otra vez.

—Y tú eres tonta —replicó. Su voz era un grave gruñido, como el ladrido furioso de un perrazo.

—¡No puedes andar! —exclamó Kris con voz temblorosa.

El muñeco volvió a lanzar su fea risa.

—¡No puedes estar vivo! —dijo Kris.

—¡Suéltame ahora mismo! —gruñó el señor Wood.

Kris lo agarró todavía con más fuerza.

—Estoy soñando —se dijo en voz alta—. Esto tiene que ser un sueño.

—Yo no soy un sueño. ¡Soy una pesadilla! —exclamó el muñeco. Y echando la cabeza hacia atrás estalló en carcajadas.

Sin soltarle el hombro, Kris se quedó mirando aquella cara sonriente. El aire estaba cargado y caliente. Le parecía que no podía respirar, como si se estuviera ahogando.

¿Qué había sido ese ruido? Kris tardó un rato en reconocer el esforzado resuello de su propia respiración.

—Suéltame —repitió el muñeco—. O te tiro por las escaleras. —Volvió a intentar liberarse.

—¡No! ¡Te voy a meter otra vez en el armario!

El señor Wood se echó a reír y acercó su cara pintada a Kris.

—No puedes tenerme allí.

—Te voy a encerrar. Te voy a meter en una caja... o en algún sitio —declaró ella. El pánico le nublaba las ideas.

La oscuridad parecía cernirse sobre ella ahogándola, aplastándola.

—Suéltame. —El muñeco dio un fuerte tirón, pero Kris lo cogió con la otra mano por la cintura—. Suéltame —gruñó él con su voz profunda y áspera—. Ahora aquí mando yo. Tú me obedecerás. Ahora ésta es mi casa.

El muñeco tiró con fuerza. Kris le agarró bien la cintura y los dos se cayeron rodando por las escaleras.

—¡Que me sueltes! —ordenó el títere, encima de ella, mirándola con ojos salvajes. Kris se lo quitó de encima e intentó inmovilizarle los brazos a la espalda, pero el señor Wood tenía una fuerza sorprendente. Se liberó un brazo y le dio a Kris un fuerte puñetazo en la boca del estómago.

—¡ Aah! —gimió Kris, sintiendo que se quedaba sin aire.

El muñeco aprovechó su momentánea debilidad y se soltó. Cogiéndose a la barandilla con una mano intentó pasar por encima de ella y seguir bajando las escaleras. Pero Kris le puso la zancadilla y, todavía sin resuello, se lanzó contra él, lo apartó de la barandilla y lo dejó aplastado en el suelo.

—¡Ah! —exclamó Kris, cerrando los ojos ante el súbito resplandor de la luz del pasillo.

El muñeco forcejeó para salir de debajo de ella, pero Kris lo tenía aplastado con todo su peso.

—¡Kris! ¿Qué demonios...? —se oyó la sorprendida voz de Lindy en lo alto de las escaleras.

—¡Es el señor Wood! —acertó a gritar Kris—. ¡Está... vivo! —Seguía aplastándolo con fuerza, tirada sobre él.

—Kris, ¿qué haces? ¿Estás bien? —preguntó su hermana.

—¡No! ¡No estoy nada bien! ¡Por favor, Lindy! ¡Ve a llamar a mamá y papá! ¡El señor Wood… está vivo!

—¡Pero si es un muñeco! —Lindy se acercó unos pasos de mala gana—. ¡Levántate, Kris! ¿Es que te has vuelto loca?

—¡Escúchame! —chilló Kris a pleno pulmón—. ¡Llama a mamá y papá antes de que se escape!

Pero Lindy no se movía. Estaba mirando fijamente a su hermana. Tenía largos mechones de pelo sobre la frente y la cara desencajada de horror.

—Levántate, Kris, por favor. Vamos a la cama.

—¡Te estoy diciendo que está vivo! —gritó Kris desesperada—. Tienes que creerme, Lindy. ¡Tienes que creerme!

El muñeco yacía inmóvil debajo de ella, con la cara enterrada en la alfombra y los brazos y piernas abiertos.

—Has tenido una pesadilla —insistió Lindy, bajando los escalones uno a uno y remangándose el camisón sobre los tobillos —. Vamos a la cama, Kris. No es más que un mal sueño. El espantoso episodio del concierto te ha dado pesadillas, nada más.

Kris se incorporó jadeando y giró la cabeza para mirar a su hermana. Se agarró con una mano a la barandilla y se levantó un poco. En ese mismo instante, el muñeco se agarró al borde de un escalón con las dos manos y se liberó, y a trompicones, medio arrastrándose, bajó el resto de las escaleras.

—¡No! ¡No! ¡Es imposible! —chilló Lindy.

—¡Ve a por mamá y papá! ¡Deprisa!

Lindy, con la boca abierta, conmocionada, dio media vuelta para subir las escaleras llamando a gritos a sus padres. Kris se lanzó hacia abajo, con los brazos por delante.

Cogió al señor Wood por detrás y enlazó los brazos en torno a su cintura. Se cayeron los dos al suelo. El muñeco se dio con la cabeza en la alfombra y lanzó un gutural grito de dolor, cerró los ojos y se quedó inmóvil.

Mareada, jadeando y temblando de la cabeza a los pies, Kris se levantó despacio y se apresuró a poner el pie sobre la espalda del muñeco.

—Mamá, papá… ¿Dónde estáis? —gritó—. ¡Deprisa!

El muñeco alzó la cabeza, gruñó furioso y comenzó a mover

violentamente brazos y piernas. Kris apretó el pie sobre su espalda.

—¡Suéltame! —rugió él.

Kris oyó voces arriba.

—¿Mamá? ¿Papá? ¡Aquí abajo!

Sus padres aparecieron en las escaleras con cara de preocupación.

—¡Mirad! —exclamó Kris, señalando frenéticamente al muñeco que tenía bajo el pie.

20

—¿Qué hay que mirar? —gritó el señor Powell, ajustándose la camisa del pijama.

Kris señaló de nuevo al muñeco.

—Es-está intentando escapar —balbució.

Pero el señor Wood yacía sin vida boca abajo.

—¿Se trata de una broma? —preguntó la señora Powell enfadada, con las manos en la cintura de su camisón de algodón.

—No lo entiendo —dijo el señor Powell moviendo la cabeza.

—El señor Wood... salió corriendo por las escaleras —explicó Kris frenética—. Él es el culpable de todo. Él...

—No tiene ninguna gracia —la reprendió débilmente la señora Powell, pasándose la mano por el pelo rubio—. No tiene ninguna gracia, Kris. ¡Despertar a todos en plena noche!

—Creo de verdad que has perdido la cabeza.

Me tienes muy preocupado —añadió el señor Powell—. Después de lo que ha pasado hoy en el colegio...

—¡Escuchadme! —chilló Kris. Se agachó a recoger al señor Wood del suelo y, sosteniéndolo por los hombros, lo agitó con fuerza—. ¡Se mueve! ¡Corre! ¡Habla! ¡Está vivo!

Dejó de sacudir al muñeco, que cayó sin vida al suelo, hecho un guiñapo a sus pies.

—Me parece que necesitas que te vea un médico —dijo muy preocupado el señor Powell.

—No. ¡Yo también lo vi! —Lindy se lanzó en ayuda de su hermana—. Kris tiene razón. El muñeco se movía. Bueno —añadió

—, creo que se movía.

«Pues sí que me estás ayudando», pensó Kris, que de pronto se sentía débil y agotada.

—¿No será otra de vuestras trastadas? —preguntó enfadada la señora Powell—. Después de lo que ha pasado esta noche en el colegio, pensé que tendrías suficiente.

—Pero, mamá... —comenzó Kris, mirando el guiñapo sin vida que tenía a los pies.

—A la cama —ordenó su madre—. Mañana no hay colegio. Ya tendremos tiempo de discutir qué castigos os ponemos.

—¿A mí? —gritó Lindy, indignada—. ¿Yo qué he hecho?

—¡Mamá, te estamos diciendo la verdad! —insistió Kris.

—Sigo sin verle la gracia —dijo el señor Powell moviendo la cabeza. Se volvió hacia su esposa—. ¿Es que tenemos que creerla?

—A la cama las dos. ¡Ahora mismo! —exclamó la señora Powell, tras lo cual desapareció con su marido en dirección a su dormitorio.

Lindy se quedó con la mano en la barandilla, mirando a Kris con expresión pesarosa.

—Tú me crees, ¿no?

—Supongo que sí —contestó Lindy dudosa, mirando el muñeco en el suelo.

Kris también bajó la vista y vio que el señor Wood parpadeaba y comenzaba a incorporarse.

—¡Ah! —gritó asustada. Cogió al muñeco del cuello—. ¡Lindy, deprisa! ¡Se está moviendo otra vez!

—¿Q-qué hacemos? —balbució Lindy, bajando vacilante las escaleras.

—No lo sé. —El muñeco agitaba brazos y piernas contra la alfombra, tratando desesperadamente de liberarse de Kris, que lo tenía cogido por el cuello con las dos manos—. Tenemos que...

—No podéis hacer nada, ¡nada! —ladró el señor Wood—. Ahora seréis mis esclavas. ¡Estoy vivo otra vez! ¡Vivo!

—¿Pero cómo? —preguntó Kris, mirándole sin dar crédito a sus ojos—. Si eres un muñeco. ¿Cómo...?

El señor Wood soltó una risotada.

—Tú me devolviste la vida —dijo con su voz áspera—. Leiste las palabras antiguas.

¿Las palabras antiguas? ¿De qué estaba hablando?

Entonces Kris se acordó de la hoja de papel que encontró en el bolsillo del muñeco y de las extrañas palabras que había pronunciado en voz alta.

—He vuelto a la vida gracias a ti —gruñó el señor Wood—. Y ahora tu hermana y tú me obedeceréis.

Mientras miraba horrorizada al sonriente muñeco, a Kris se le ocurrió de pronto una idea. ¡El papel! Se lo había metido otra vez en el bolsillo.

«Si vuelvo a leer las palabras —pensó Kris—, quedará sin vida de nuevo.» Con un movimiento cogió al muñeco. Él intentó apartarse a tirones, pero ella fue más rápida y en un instante tuvo el papel amarillo en las manos.

—¡Dame eso! —gritó el señor Wood, intentando cogerlo. Kris lo mantuvo fuera de su alcance y se apresuró a desdoblarlo.

Y antes de que el muñeco pudiera arrebatarle el papel, Kris leyó las extrañas palabras en voz alta:

—«Karru marri odonna loma molonu karrano.»

21

Las dos gemelas se quedaron mirando al muñeco, esperando verlo desplomarse.

Pero él se agarró a la barandilla y echó la cabeza atrás para lanzar una risa desdeñosa.

—¡Ésas son las palabras de un viejo hechicero para darme la vida! —proclamó—. ¡No son las palabras para matarme!

¿Matarlo?

«Sí —pensó Kris frenética, y tiró el papel al suelo—. No tenemos más remedio.»

—Hay que matarlo, Lindy.

—¿Eh? —preguntó su hermana sorprendida.

Kris cogió al muñeco por los hombros.

—Y o lo agarro y tú le arrancas la cabeza.

Lindy estaba detrás de ella y tuvo que apartarse para esquivar las patadas del señor Wood.

—Yo lo agarro —repitió Kris—. Cógele la cabeza. Arráncasela.

—¿Estás... estás segura? —Lindy vacilaba con cara de pánico.

—¡Venga! —gritó Kris.

Bajó las manos hasta la cintura del muñeco y Lindy le cogió la cabeza con las dos manos.

—¡Suéltame! —resolló el señor Wood.

—¡Tira! —le dijo Kris a su aterrorizada hermana. Y, sosteniéndolo con fuerza, tiró del muñeco hacia el lado contrario. Lindy gruñía por el esfuerzo. Pero la cabeza no salía.

El señor Wood soltó una risita aguda.

—Basta. Me hacéis cosquillas.

—¡Tira más! —ordenó Kris.

Lindy tenía la cara muy roja. Cogió bien la cabeza y tiró de ella con todas sus fuerzas. El muñeco volvió a soltar su desagradable risita aguda.

—No... no sale —suspiró Lindy, desalentada.

—¡Retuércesela! —sugirió Kris, frenética.

El muñeco agitaba los pies y daba patadas a Kris en el estómago, pero la niña no lo soltó.

—¡Retuércele la cabeza!

Lindy lo intentó y el muñeco se rió otra vez.

—¡No puedo! —Lindy soltó la cabeza y retrocedió un paso. El señor Wood se la quedó mirando con una sonrisa.

—No me mataréis. Tengo poderes.

—¿Qué hacemos? —preguntó Lindy a Kris.

—Ahora ésta es mi casa —dijo el muñeco, sonriendo a Lindy al tiempo que intentaba soltarse de las manos de Kris—. Ahora haréis lo que yo diga. Suéltame.

—¿Qué hacemos? —repitió Lindy.

—Llévale arriba. Le cortaremos la cabeza —contestó su hermana.

El señor Wood giró la cabeza, con los ojos muy abiertos en una mirada diabólica.

—¡Ay! —gritó Kris sorprendida. El muñeco le había mordido el brazo. La niña lo apartó y, sin pensárselo dos veces, abofeteó la cabeza de madera.

El señor Wood soltó una risita por toda respuesta.

—¡Violencia! ¡Violencia! —dijo burlón con tono de reproche.

—Coge las tijeras que hay en tu cajón —indicó Kris a su hermana—. Yo lo llevaré al cuarto.

Le dolía el mordisco del brazo, pero seguía aferrando con firmeza al señor Wood mientras lo llevaba a su habitación. Lindy ya había sacado las largas tijeras metálicas, y las estaba abriendo y cerrando con la mano temblorosa.

—Debajo del cuello —dijo Kris, agarrando al señor Wood por los hombros. Él siseó furioso e intentó patearla con los dos pies, pero Kris se apartó.

Lindy cogió las tijeras con las dos manos e intentó cortar el cuello de madera. Al ver que no podía, trató de utilizarlas con un movimiento de sierra.

El señor Wood se echó a reír.

—Os lo dije. No me mataréis.

—¡No hay manera! —exclamó Lindy, llorando de impotencia—. ¿Ahora qué hacemos?

—Encerrarlo en el armario. Después ya pensaremos algo.

—No tenéis que pensar nada. Sois mis esclavas —gruñó el muñeco—. Haréis lo que yo os diga. De ahora en adelante mando yo.

—De eso nada —murmuró Kris moviendo la cabeza.

—¿Y si no te obedecemos?

El muñeco le clavó una torva mirada.

—Entonces haré daño a vuestros seres queridos —dijo sin inmutarse—. Vuestros padres, vuestros amigos, o tal vez ese perro asqueroso que siempre me ladra. —Echó atrás la cabeza y una seca y diabólica carcajada escapó de sus labios de madera.

—Enciérralo en el armario —sugirió Lindy— hasta que se nos ocurra cómo librarnos de él.

—No podéis libraros de mí. No me enfadéis. Tengo poderes, os lo advierto. Ya me estoy hartando de vuestros patéticos intentos de hacerme daño.

—El armario no cierra, ¿no te acuerdas? —exclamó Kris, forcejeando con el muñeco para que no se le escapara.

—¡Espera! A ver esto qué tal... —Lindy corrió al armario y sacó del fondo una vieja maleta.

—Perfecto —dijo su hermana.

—Os lo advierto... —amenazó el señor Wood—. Os estáis poniendo muy pesadas.

Dando un tirón se soltó de Kris. Ella se arrojó sobre él, pero el muñeco la esquivó y la niña cayó de narices en la cama. El señor Wood corrió al centro de la habitación y miró la puerta, como decidiendo adonde ir.

—Tenéis que hacer lo que yo diga —dijo con aire amenazador, levantando una mano hacia Lindy—. No voy a huir de vosotras porque vais a ser mis esclavas.

—¡No! —gritó Kris.

Las dos gemelas se lanzaron contra el muñeco. Lindy lo cogió por los brazos y Kris por los tobillos. Hasta que al final lograron meterlo en la maleta.

—¡Os arrepentiréis! —amenazó el señor Wood, agitando las piernas para darles una patada—. ¡Me las pagaréis! ¡Ahora alguien morirá!

Todavía seguía gritando cuando Kris cerró la maleta y la metió en el armario. Luego cerró el armario rápidamente y se apoyó contra la puerta, suspirando débilmente.

—¿Y ahora qué? —le preguntó a Lindy.

22

—Lo enterraremos —dijo Kris.

—¿Eh? —Lindy ahogó un bostezo.

Llevaban una eternidad discutiendo en susurros, intentando trazar un plan. Continuamente se oían los apagados gritos del muñeco en el interior del armario.

—Lo enterraremos debajo de aquel montón de tierra —dijo Kris, mirando por la ventana—. El que hay al lado de la casa nueva.

—Sí, vale, no sé —replicó Lindy—. Estoy tan cansada que no puedo ni pensar. —Echó un vistazo al reloj de la mesilla. Eran casi las tres y media de la mañana—. Sigo creyendo que deberíamos despertar a mamá y papá —dijo, con el miedo reflejado en los ojos.

—No podemos. Ya lo hemos hablado mil veces—. No nos creerán. Si les despertamos vamos a tenor problemas.

—¿Cómo podríamos tener más problemas? —preguntó Lindy, señalando con la cabeza el armario, donde todavía se oían los furiosos gritos del señor Wood.

—Vístete —ordenó Kris con renovadas energías—. Lo enterraremos y no tendremos que volver a pensar en él.

Lindy se estremeció y miró su muñeco, doblado en la silla.

—Ya no soporto mirar a Slappy. Estoy tan arrepentida de haber empezado con esto de los muñecos...

—Shhhh. Tú vístete —dijo Kris impaciente.

Un momento después, las niñas bajaban por las escaleras en la oscuridad. Kris llevaba la maleta en los brazos, intentando apagar

las furiosas protestas del señor Wood.

Al llegar abajo se detuvieron a escuchar, por si sus padres se habían despertado.

Silencio.

Lindy abrió la puerta principal y salieron. El aire era sorprendentemente fresco y húmedo. Había comenzado a caer un denso rocío y el césped brillaba bajo la luz de la media luna. Las briznas de hierba mojada se les quedaban pegadas a las zapatillas de deporte.

Al llegar al garaje Lindy abrió la puerta despacio, sin un ruido, hasta la mitad. Entró agachada y salió un momento después con una gran pala de nieve.

—Esto nos servirá —susurró, aunque no había nadie por allí.

Kris miró la calle mientras se dirigían al jardín de la casa de al lado. El rocío matutino envolvía en niebla las farolas, cuya pálida luz parecía oscilar como la de una vela. Todo parecía temblar bajo el oscuro cielo púrpura.

Kris dejó la maleta junto al gran montón de tierra.

—Vamos a cavar aquí mismo —dijo, señalando la parte más baja.

—Os lo advierto —amenazó el señor Wood—. Vuestro plan no funcionará. ¡Tengo poderes!

—Empieza tú primero —sugirió Kris, sin hacer caso de los gritos del muñeco—. Luego lo haré yo.

Lindy sacó una paletada de tierra. Kris se estremeció. El rocío era frío y húmedo. Una nube cubrió la luna y oscureció el cielo.

—¡Sacadme de aquí! —gritó el señor Wood—. Sacadme ahora mismo y vuestro castigo no será tan severo.

—Más deprisa —susurró impaciente Kris.

—Voy lo más deprisa que puedo —se quejó Lindy. Había cavado un agujero cuadrado bastante grande en la base del montículo—. ¿Hay que hacerlo mucho más hondo? —preguntó.

—Sí. Toma, vigila la maleta que voy a cavar yo.

Algo echó a correr cerca de los arbustos que separaban los jardines. Kris alzó los ojos y contuvo la respiración al ver una sombra que se movía.

—Creo que era un mapache —dijo Lindy con un escalofrío—.

¿Enterramos al señor Wood con la maleta o lo sacamos?

—¿Crees que mamá se dará cuenta de que falta la maleta? —preguntó Kris, tirando a un lado una palada de tierra.

Lindy negó con la cabeza.

—No la usamos nunca.

—Entonces lo enterraremos con la maleta. Será más fácil.

—Os arrepentiréis —gruñó el muñeco. La maleta se estremeció y estuvo a punto de caerse de lado.

—Tengo tanto sueño —gimió Lindy, tirando los calcetines al suelo antes de acostarse.

—Pues yo estoy espabiladísima —dijo Kris, sentada al borde de su cama—. Supongo que es porque estoy feliz de habernos librado de esa espantosa criatura.

—Es todo tan raro —comentó Lindy mientras se acomodaba la almohada debajo de la cabeza—. No me extraña que mamá y papá no nos creyeran. Yo misma tampoco estoy muy segura de creérmelo.

—¿Pusiste la pala en su sitio?

Lindy asintió.

—¿Y cerraste la puerta del garaje?

—Shhh. Me estoy durmiendo. Menos mal que mañana no hay colegio. Podremos dormir hasta tarde.

—Yo espero poder dormir —dijo Kris, dudosa—. Estoy nerviosísima. Ha sido todo como una pesadilla espantosa. Estoy pensando que… ¿Lindy? Lindy, ¿estás despierta?

No. Su hermana se había dormido.

Kris se quedó mirando el techo. Se tapó con el embozo hasta la barbilla. Todavía tenía frío. No podía quitarse de encima la helada humedad del aire matutino. Pero al cabo de un rato, con la cabeza llena del torbellino de cosas que habían pasado esa noche, Kris también se durmió.

El ruido de las máquinas la despertó a las ocho y media de la mañana siguiente. Se estiró y se frotó los ojos para sacudirse el sueño. Luego se acercó a la ventana y se inclinó sobre la silla de Slappy para mirar fuera.

Era un día gris y nublado. En el solar contiguo había dos

enormes apisonadoras amarillas aplanando el terreno detrás de la casa nueva.

«¿Aplastarán el montículo de tierra? —se preguntó Kris—. Sería perfecto.» La niña sonrió. No había dormido mucho, pero se sentía como nueva.

Lindy no se había despertado. Kris pasó de puntillas a su lado, se puso la bata y fue al piso de abajo.

—Buenos días, mamá —dijo contenta, atándose el cinturón de la bata mientras entraba en la cocina.

La señora Powell estaba en el fregadero. Se dio media vuelta para mirarla. Kris se sorprendió al ver su expresión de enfado, y siguió su mirada hasta el mostrador de la cocina.

—¡Ah! —exclamó al ver al señor Wood. Estaba sentado en el mostrador con las manos en el regazo. Tenía el pelo, la frente y las mejillas manchados de tierra roja. Kris se llevó las manos a la cara con expresión de horror.

—¡Te habíamos dicho que no volvieras a tocar ese muñeco! —la reprendió su madre—. ¿Qué tengo que hacer contigo, Kris?

El señor Wood le hizo un guiño y le dedicó una amplia y malvada sonrisa.

23

Mientras Kris miraba horrorizada al sonriente muñeco, el señor Powell apareció de pronto en el umbral.

—¿Estás lista? —preguntó a su esposa.

La señora Powell colgó el trapo que tenía en la mano y se apartó un mechón de pelo de la frente.

—Sí. Voy a por el bolso.

—¿Adonde vais? —exclamó Kris con voz alarmada y sin apartar la vista del muñeco.

—A comprar algunas cosas para el jardín —dijo su padre, mirando por la ventana—. Parece que va a llover.

—¡No vayáis! —suplicó Kris.

—¿Cómo? —El señor Powell se volvió hacia ella.

—¡No vayáis, por favor!

Su padre vio entonces el muñeco y se acercó a él.

—¿Pero esto qué es? —preguntó enfadado.

—Creí que te lo querías llevar a la casa de empeños —se le ocurrió decir a Kris.

—Lo llevaré el lunes. Hoy es sábado, ¿recuerdas?

El muñeco pestañeó, pero el señor Powell no se dio cuenta.

—¿Y tenéis que salir a comprar ahora? —preguntó Kris con un hilillo de voz.

Antes de que su padre contestara, la señora Powell apareció en la puerta.

—Toma —dijo a su esposo, tirándole las llaves del coche—. Vámonos antes de que empiece a llover.

—¿Por qué no quieres que vayamos? —le preguntó él a su hija.

—El muñeco... —comenzó Kris. Pero sabía que era inútil. Nunca la creerían—. Es igual —musitó.

Un instante después oyó el ruido del coche. Sus padres se habían ido y ella estaba a solas en la cocina con el sonriente muñeco.

El señor Wood se volvió hacia ella lentamente, haciendo girar el alto taburete del mostrador, y clavó en sus ojos una mirada furiosa.

—Te lo advertí —gruñó.

Barky entró brincando en la cocina. Sus patitas resonaban en el linóleo. Se puso a husmear el suelo, buscando las migas del desayuno.

—*Barky,* ¿dónde estabas? —le preguntó Kris, contenta de tener compañía.

El perro se puso a husmear debajo del taburete del señor Wood, sin hacer caso.

—Estaba arriba, despertándome —dijo Lindy, que en ese momento entraba en la cocina frotándose los ojos. Llevaba unos pantalones cortos de tenis y una camiseta morada sin mangas—. Qué perro más tonto.

Barky lamió una mancha del suelo. Entonces Lindy vio al señor Wood y lanzó un grito.

—¡Oh, no!

—He vuelto —dijo el muñeco—. Y estoy muy descontento de vosotras, esclavas.

Lindy se volvió hacia Kris con la boca abierta en expresión de sorpresa y horror.

Kris no apartaba los ojos del muñeco. «¿Qué piensa hacer? —se preguntaba—. ¿Cómo puedo detenerlo?»

No había servido de nada enterrarlo. Se las había apañado para salir de la maleta y liberarse. ¿Es que no había forma de derrotarlo?

El señor Wood, siempre con su siniestra sonrisa, bajó de un salto al suelo.

—Estoy muy descontento de vosotras, esclavas —repitió con su voz áspera.

—¿Qué vas a hacer? —chilló Lindy aterrorizada.

—Tendré que castigaros —contestó el muñeco—. Tengo que demostraros que hablo en serio. —¡Espera! —gritó Kris.

Pero el muñeco se movió rápidamente.

Cogió a *Barky* por el cuello con las dos manos y comenzó a apretar, mientras el espantado terrier aullaba de dolor.

24

—Os lo advertí —gruñó el señor Wood por encima de los aullidos del pequeño terrier—. ¡Ahora haréis lo que yo os diga, o sufrirán todos vuestros seres queridos!

—¡No! —exclamó Kris.

Barky lanzó un agudo gemido de dolor que hizo que Kris se estremeciera.

—¡Suelta a *Barky*! —gritó.

El muñeco se echó a reír. El perro lanzó un ronco jadeo. Kris no pudo soportarlo más. Las dos hermanas se arrojaron contra el muñeco. Lindy lo cogió por las piernas. Kris agarró a *Barky* y tiró.

Lindy arrastró al señor Wood al suelo, pero sus manos de madera no soltaban el cuello del perro. *Barky* forcejeaba por respirar. Sus aullidos se convirtieron en un apagado gemido.

—¡Suéltalo! ¡Suéltalo! —chilló Kris.

—¡Os lo advertí! —ladró el muñeco, dando patadas para soltarse de Lindy—. ¡El perro debe morir ahora mismo!

—¡No! —Kris soltó al jadeante perro. Cogió las muñecas del señor Wood y tiró con todas sus fuerzas hasta lograr separarlas.

Barky cayó al suelo resollando y salió disparado hacia un rincón. Sus patas resbalaban en el suelo durante la huida.

—¡Me las vais a pagar! —amenazó el muñeco. Se libró de Kris de un tirón y le lanzó un fuerte golpe en la frente con su mano de madera.

La niña gritó de dolor y se llevó las manos a la cabeza. Oyó que *Barky* ladraba detrás de ella.

—¡Suéltame! —ordenó el señor Wood, volviéndose hacia Lindy que todavía lo tenía sujeto por las piernas.

—¡Ni hablar! Kris, cógele los brazos.

Su hermana, con la frente aún dolorida, se lanzó a agarrar los brazos del muñeco. Pero él bajó la cabeza y cerró de golpe las mandíbulas de madera en torno a su mano.

—¡Aaah! —aulló Kris, apartándose.

Lindy lo levantó por las piernas y estampó al muñeco contra el suelo. El señor Wood lanzó un furioso gruñido, sin dejar de dar patadas.

Kris se arrojó de huevo contra él. Le cogió primero un brazo y luego el otro. Él bajó la cabeza para morderla otra vez, pero la niña lo esquivó y le inmovilizó los brazos a la espalda.

—¡Os lo advierto! —bramó el muñeco—. ¡Os lo advierto!

Barky ladraba y brincaba muy nervioso en torno a Kris.

—¿Y ahora qué hacemos con él? —gritó Lindy por encima de las furiosas amenazas del señor Wood.

—¡Fuera! —contestó su hermana. Se había acordado de pronto de las dos apisonadoras del solar de al lado—. Vamos —apremió a su hermana—. Lo aplastaremos.

—¡Os lo advierto! ¡Tengo poderes! —chillaba el muñeco.

Kris abrió la puerta sin hacerle caso y se llevaron fuera al cau tivo. El cielo estaba de un color gris carbón. Una lluvia ligera comenzaba a caer y la hierba ya estaba mojada.

Por encima de los arbustos que separaban los dos jardines se veían las dos enormes apisonadoras amarillas, una en la parte trasera y otra en un lado del solar. Parecían bestias gigantescas aplanándolo todo a su paso con sus descomunales rodillos.

—¡Por aquí! ¡Deprisa! —gritó Kris—. ¡Vamos a tirarlo debajo de ésa!

—¡Soltadme! ¡Soltadme, esclavas! ¡Es vuestra última oportunidad! —El muñeco giró bruscamente la cabeza intentando morder a Kris.

Un trueno restalló a lo lejos. Las niñas echaron a correr con todas sus fuerzas, resbalándose en la hierba húmeda. Cuando estaban a pocos metros de la apisonadora vieron a *Barky*, que correteaba delante de ellas moviendo la cola como loco.

—¡Oh, no! ¿Cómo ha salido? —dijo Lindy.

El perro las miró, con la lengua fuera. Iba brincando alegremente justo en dirección a la rugiente apisonadora.

—¡No, *Barky*! —chilló Kris horrorizada—. ¡No! ¡*Barky*, no!

25

Las gemelas soltaron al señor Wood y se lanzaron a por el perro con las manos estiradas. Cayeron deslizándose boca abajo sobre la hierba húmeda. *Barky*, ajeno al peligro, se puso a jugar con ellas y las esquivó.

Lindy y Kris se apartaron rodando del camino de la apisonadora.

—¡Eh, salid de ahí! —exclamó furioso el operario por la alta ventana de la máquina—. ¿Es que estáis locas, niñas?

Ellas se levantaron de un salto y volvieron a por el señor Wood. La lluvia empezaba a arreciar y un rayo blanco hendió el cielo.

—¡Soy libre! —gritó el muñeco con las manos alzadas—. ¡Ahora me las pagaréis!

—¡Cógelo! —le dijo Kris a su hermana.

La lluvia les martilleaba en la cabeza y los hombros. Las niñas agacharon la cabeza y se lanzaron en persecución del muñeco. El señor Wood echó a correr.

No vio la segunda apisonadora.

El gigantesco rodillo negro le pasó por encima, aplastándolo con un fuerte crunch. Un siseo se alzó debajo de la máquina, como el aire que escapara de un enorme globo. La apisonadora pareció bambolearse adelante y atrás, y bajo el rodillo surgió un extraño gas verde que se expandió en el aire formando una siniestra nube con forma de hongo.

Barky dejó de saltar y se quedó petrificado, siguiendo con la mirada el gas verde que flotaba en el cielo negro.

Kris y Lindy también miraban maravilladas. La nube verde,

impulsada por el viento y la lluvia, les pasó por encima.

—¡Aj! ¡Apesta! —dijo Lindy.

Olía a huevos podridos. *Barky* lanzó un grave gemido. La apisonadora retrocedió y el conductor salió de un salto y se acercó corriendo. Era un hombre bajo, de grandes y musculosos brazos que hinchaban las mangas de su camiseta. Tenía la cara muy roja, el pelo rubio muy corto y los ojos dilatados de espanto.

—¿Era un niño? —gritó—. ¿He... he aplastado a un niño?

—No, era un muñeco —contestó Kris—. No estaba vivo.

El hombre se detuvo y su cara pasó del rojo al puro blanco. Lanzó un fuerte suspiro de alivio.

—Dios mío —gimió—. Dios mío, pensaba que era un niño.

Respiró hondo y soltó el aire muy despacio. Luego se agachó para examinar el suelo bajo el rodillo. Cuando las hermanas se acercaron vieron los restos del muñeco, totalmente aplastado dentro de sus téjanos y la camisa de franela.

—Vaya, lo siento —dijo el hombre, enjugándose la frente con la manga de la camiseta—. No he podido frenar a tiempo.

—No pasa nada —le tranquilizó Kris, esbozando una gran sonrisa.

—Sí, no pasa nada —se apresuró a repetir su hermana.

Barky se acercó a olisquear el muñeco aplastado. El hombre movió la cabeza.

—Menos mal. Parecía que iba corriendo. Pensé que era un niño. Me he llevado un susto de muerte.

—No, era sólo un muñeco —dijo Kris.

—¡Uf! —suspiró el hombre—. Por qué poco. —De pronto cambió su expresión—. ¿Pero vosotras qué hacéis aquí fuera con esta lluvia?

Lindy se encogió de hombros y Kris movió la cabeza.

—Hemos salido a pasear al perro.

El hombre cogió el muñeco. La cabeza del señor Wood había quedado convertida en serrín.

—¿Lo queréis?

—Puede tirarlo a la basura —dijo Kris.

—Más vale que os resguardéis de la lluvia —aconsejó el hombre —. Y no me volváis a dar un susto así.

Las gemelas pidieron perdón y volvieron a la casa sonriendo encantadas. «No se me va a ir la sonrisa de la cara —pensó Kris—. Estoy tan contenta...»

Se limpiaron las suelas en el felpudo y abrieron la puerta de la cocina para que entrara *Barky*.

—Uf. ¡Vaya mañanita! —exclamó Lindy. Fuera se vio el destello de un brillante relámpago seguido del fragor de un trueno.

—Estoy empapada —dijo Kris—. Voy a cambiarme.

—Yo también. —Lindy fue tras ella por las escaleras.

Al entrar al dormitorio encontraron la ventana abierta. Las cortinas aleteaban violentamente y la lluvia entraba a raudales.

—¡Vaya por Dios! —Kris fue corriendo a cerrar, pero al inclinarse sobre la silla, Slappy le cogió el brazo.

—Eh, esclava, ¿se ha ido el otro muñeco? —preguntó con un gruñido gutural—. ¡Pensé que no se largaría nunca!



R. L. STINE. Nadie diría que este pacífico ciudadano que vive en Nueva York pudiera dar tanto miedo a tanta gente. Y, al mismo tiempo, que sus escalofriantes historias resulten ser tan fascinantes.

R. L. Stine ha logrado que ocho de los diez libros para jóvenes más leídos en Estados Unidos den muchas pesadillas y miles de lectores le cuenten las suyas.

Cuando no escribe relatos de terror, trabaja como jefe de redacción de un programa infantil de televisión.